

COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**



# EL APRENDIZ DE AMANTE

Edición de Juan Antonio Ríos Carratalá

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “El aprendiz de amante”:  
Juan Antonio Ríos Carratalá.

# EL APRENDIZ DE AMANTE

( FARSA EN TRES ACTOS )

Esta comedia se estrenó por primera vez en España en el teatro Eslava, de Valencia, la noche del 27 de noviembre de 1947, y en Madrid, en el teatro Infanta Isabel, el 16 de abril de 1949, con el siguiente

### REPARTO

<i>Catalina</i> .....	CARMEN CARBONELL
<i>La desconocida</i> .....	PILAR BIENERT
<i>Gaby</i> .....	ANTOÑITA MAS
<i>Felisa</i> .....	MARÍA LUISA ARIAS
<i>Cecilia</i> .....	AMPARO CERVERA
<i>Juana</i> .....	CELIA FOSTER
<i>Una camarera</i> .....	CARMEN TEJADA
<i>Otra camarera</i> .....	CARMEN ROMERO
<i>Andrés</i> .....	ANTONIO VICO
<i>El Maître</i> .....	JOSÉ ALBURQUERQUE
<i>Tomás</i> .....	JULIO SAN JUAN
<i>Un Botones</i> .....	CARMELO GANDARIAS
<i>Otro Botones</i> .....	JOSÉ MARÍA ARENAS

## ACTO PRIMERO

Una gratísima estancia de alegre carácter, suavemente rural, en una residencia o refugio enclavado en el mismo borde de la carretera, a pocos kilómetros de El Escorial. Pequeño hotel de moda para fin de semana o para un día de campo, y en algunas noches como esta, por azar, para algo muchísimo más trascendental. Al fondo, una puerta al pasillo de cuartos. En chaflán, ventanal al campo con postigos y cortinas de bayadera [sic]. La noche —es cerca de la una de la madrugada—, a través de los cristales de la ventana, tiene la transparencia delicada del otoño. El cielo, estrellado, al fin de las sombras. A un lado, entrada a una alcoba; al otro, puerta al cuarto de baño. Chimenea de ladrillos. Una mesa, servida para una cena ligera, con fiambre y «champagne». Un gran sofá, cerca de la chimenea. Teléfono sobre una mesita.

*(Cuando se levanta el telón no hay nadie en escena. Pronto, con gran apresuramiento y sofoco, irrumpe por el fondo Una Camarera con su cofia y su delantal blanco sobre el vestidito azul, como es costumbre en estos establecimientos)*

UNA CAMARERA.—¡María! ¡María!

OTRA CAMARERA.—*(Dentro, en la alcoba)* ¡Aquí estoy!

UNA CAMARERA.—Date prisa... ¿Has terminado?

OTRA CAMARERA.—La alcoba está lista...

*(Entra en escena. Es una muchacha de muy parecida traza a la primera, que viste su mismo uniforme)*

¿Qué ocurre?

UNA CAMARERA.—¡Que ya han llegado los novios!

OTRA CAMARERA.—¡Ay! ¿De veras? ¿Dónde están?

UNA CAMARERA.—En el coche. Han llegado por carretera en un auto monísimo.  
*(Se asoman las dos a la ventana)* ¡Míralos!

OTRA CAMARERA.—*(Suspira)* En ocho días es la tercera pareja que viene a este hotel a pasar su noche de bodas...

UNA CAMARERA.—*(Filosóficamente)* Ahí está. Hace dos o tres horas, soltera, como tú y como yo. Y ahora...

OTRA CAMARERA.—*(Suspira)* ¡Ay, sí!

UNA CAMARERA.—Pues ella no tiene nada de particular.

OTRA CAMARERA.—¡Nada!

UNA CAMARERA.—Él está muy bien...

OTRA CAMARERA.—¡Muy bien! Claro que es un poco insignificante.

UNA CAMARERA.—Es que a mí me gustan así.

OTRA CAMARERA.—Y a mí. (*Suspira*) La verdad es que algunas tienen una suerte...

UNA CAMARERA.—Eso digo yo...

*(Entra Un Botones uniformado, con dos maletas. Cruza desde el fondo a la puerta de la alcoba)*

UN BOTONES.—(*Guiña un ojo al pasar*) ¡¡Imponente!!

UNA CAMARERA.—¿Quién?

UN BOTONES.—¡La novia! Está de miedo.

*(Entra en la alcoba con sus maletas)*

UNA CAMARERA.—Pero, ¿tú oyes?

*(Aparece Otro Botones con igual uniforme que el anterior y portador de otras dos maletas)*

OTRO BOTONES.—¡¡Fijarse bien!!

OTRA CAMARERA.—(*Con enfado*) ¿En quién?

OTRO BOTONES.—Fijarse en la novia... Me he «mareao». ¡No digo más!

*(Entra en la alcoba con el equipaje)*

OTRA CAMARERA.—¡Pchs!... Los hombres, ya se sabe. La verdad. La verdad, yo creo que no es para tanto.

*(El primer Botones, corriendo, cruza la escena y desaparece)*

UNA CAMARERA.—(*Sentimental*) ¡Su noche de bodas! Debe ser más emocionante...

OTRA CAMARERA.—¡Cuidado!

UNA CAMARERA.—¿Qué pasa?

OTRA CAMARERA.—Que viene el «maître». Y vendrá bueno. En estas ocasiones se pone nerviosísimo. Parece que es él quien se casa...

*(Entra apresuradamente el Maître. Las dos muchachas cambian inmediatamente de gestos y actitudes)*

MAÎTRE.—Vamos, vamos... ¿Todo preparado?

UNA CAMARERA.—Sí, señor.

*(El segundo Botones sale de la alcoba y desaparece aprisa por el fondo)*

MAÎTRE.—¿Los fiambres?

UNA CAMARERA.—Sí, señor... Aquí están.

MAÎTRE.—*(Inspecciona brevemente la mesa servida)* Jamón en dulce, sobrasada, pavo... Demasiado, demasiado. Tanta cena para una noche de bodas no es de buen gusto. Debe servirse un pequeño refrigerio. Es lo correcto.

OTRA CAMARERA.—Sí... Pero recuerde lo que ocurrió el miércoles con la última pareja que tuvimos: la novia se pasó la noche pidiendo «sandwichs» de jamón.

MAÎTRE.—*(Estremeciéndose)* ¡Qué barbaridad!

UNA CAMARERA.—¡Ay! Una servidora, en semejante noche, no podría probar bocado...

MAÎTRE.—¡Basta! No diga tonterías una servidora.

UNA CAMARERA.—Sí, señor.

MAÎTRE.—Y no se quede ahí pasmada. Arregle esas flores. ¡Aprisa!

UNA CAMARERA.—Sí, sí, señor.

UN BOTONES.—*(Dentro)* Por aquí, señora...

MAÎTRE.—*(Conmovidísimo)* ¡Oh! Ya están aquí...

*(En el fondo aparecen los dos Botones: uno, portador ahora de un neceser, y otro, de una pequeña maleta)*

MAÎTRE.—*(Lanzándose a la puerta)* Buenas noches, señora. Buenas noches, señor...

*(Y en la puerta del fondo, Catalina y Andrés. Se detienen en el umbral y miran hacia la estancia con cierta tímida curiosidad. Catalina tiene algo de burla y desenfado en los ojos. Viste un traje sastre con gracioso sombrero y lleva entre las manos su ramo de flores blancas de novia. Se apoya suavemente en el brazo de Andrés. Este es un hombre de aspecto inofensivo. Una chispa*

*brillante en los ojos es la muestra de su emoción. Los sirvientes -las Camareras y los Botones- se colocan a ambos lados de la puerta)*

LAS CAMARERAS.—¡Oh!

CATALINA.—(*Sonríe*) Buenas noches.

ANDRÉS.—Buenas noches...

MAÎTRE.—(*Feliz ante la pareja*) Un gran honor para nosotros, señora. La casa les desea toda clase de felicidades...

CATALINA.—¡Gracias! Es usted muy amable. Todos son muy amables...

OTRO BOTONES.—(*Bajo, al salir por el fondo con el primero*) Lo dicho: es un bombón. (*Salen*).

UNA CAMARERA.—Que sea muy feliz la señora.

CATALINA.—(*Sonríe: es auténticamente dichosa*) ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

MAÎTRE.—(*Extraordinariamente solícito*) He mandado encender la chimenea... Estas noches de octubre, aquí, a cinco kilómetros de El Escorial, son un poco peligrosas.

CATALINA.—Todo es muy bonito... Es un sueño. ¿Verdad, Andrés?

ANDRÉS.—¡Oh! Sí, sí... (*Bastante turbado por las miradas de las camareras*) Ya lo creo. Un sueño.

*(Catalina, sonriente y feliz, abre la puerta de la alcoba, mira y entra. Una Camarera la sigue, llevando el neceser. Cuando las dos han desaparecido, la otra Camarera coge la maleta e intenta seguirlas. Pero Andrés se interpone presuroso)*

ANDRÉS.—¡Cuidado! ¡Esa maleta es mía!

OTRA CAMARERA.—Sí, sí, señor...

ANDRÉS.—¿Adónde la lleva?

OTRA CAMARERA.—Al dormitorio de los señores...

ANDRÉS.—(*Enfadadísimo*) ¡De ninguna manera!!

OTRA CAMARERA.—¡Señor!

ANDRÉS.—(*Casi ruborizado*) Supongo que no pretenderá usted que yo me cambie de ropa en esa habitación...

OTRA CAMARERA.—(*Asombrada*) ¡Señor! Yo...

MAÎTRE.—(*Interviene*) ¡Silencio! El equipaje del señor, al cuarto de baño...

ANDRÉS.—(*Más tranquilo*) Eso es. Muchas gracias... (*Y se sienta en una butaca cerca de la chimenea*).



OTRA CAMARERA.—Sí, sí, señor. (*Y mirando extrañadísima a Andrés sale con la maleta*) La verdad es que algunos en estas ocasiones, son más raros...

(*Andrés intenta inútilmente encender un cigarrillo. El Maître, sonriente, se acerca y le ofrece la llama de su encendedor*)

ANDRÉS.—¡Gracias!

MAÎTRE.—(*Gentilmente*) Un poco fatigado, ¿no es cierto, señor?

ANDRÉS.—(*Suspira*) Cansadísimo.

MAÎTRE.—Se comprende. ¡Oh! Es un día terrible... La ceremonia, el cóctel, los invitados, casi cincuenta kilómetros de carretera para llegar hasta aquí... Atroz. Lo sé perfectamente.

ANDRÉS.—¿Es usted casado?

MAÎTRE.—¡Oh, no señor! Soltero. Pero desde hace diez años soy el encargado de recibir a las parejitas que deciden pasar aquí su primera noche de matrimonio... Y siempre sucede igual: ellas dan envidia. ¡Son tan felices! Ellos dan lástima... Palabra.

ANDRÉS.—¿De veras?

MAÎTRE.—¡Oh! Tengo una gran experiencia: diez años en este cargo. Claro que, como soy tan sentimental, lo paso muy bien. Me conmueven tanto estos momentos... Por ejemplo: esta noche estoy tan emocionado como el señor.

ANDRÉS.—(*Extrañado*) ¡Caramba! Se lo agradezco muchísimo...

MAÎTRE.—(*En voz baja, misteriosamente*) ¿Puedo permitirme dar un consejo al señor?

ANDRÉS.—Hombre, sí. Estoy un poco desorientado.

MAÎTRE.—(*Sonríe*) Mientras la señora está ausente, tome el señor una copa de «champagne»... Le conviene... (*Y se la prepara*).

ANDRÉS.—(*Tímidamente*) ¿Es... la costumbre?

MAÎTRE.—Es necesario, señor. El señor está muy abatido...

ANDRÉS.—¿Se me nota mucho?

MAÎTRE.—(*Le mira, suspira y le ofrece la copa*) Beba el señor.

ANDRÉS.—Sí... Gracias.

MAÎTRE.—(*Contemplándole severamente*) Claro que hay caballeros que en estos momentos necesitan más de una copa de «champagne». Los pobres... Pero yo creo que el señor no es de esos...

ANDRÉS.—(*Bebe otra vez*) Es usted muy amable.

(*Entran las dos Camareras, cada una por donde salió*)

UNA CAMARERA.—La señora está servida.

MAÎTRE.—Perfectamente. Pueden ustedes retirarse...

OTRA CAMARERA.—(Al salir con la primera) Ya te contaré... Es más vergonzoso...

UNA CAMARERA.—¡Ay! ¿Sí?

(Salen. Mientras, Andrés tiene puestos los ojos en la puerta de la alcoba. El Maître le contempla, suspira y llega a su lado. Y habla solemnemente)

MAÎTRE.—Buenas noches, señor...

ANDRÉS.—(Con cierto apuro) Pero, ¿se marcha usted ya?

MAÎTRE.—Ha llegado el momento... A todas las señoras, en este instante, les gusta encontrarse a solas con el señor. (Conmovidísimo) Deseo a los señores una larga luna de miel y muchos días de felicidad. Y... de verdad, créame el señor. ¡Estoy tan emocionado como el señor!

ANDRÉS.—(Solícito) ¿Quiere usted un poco de «champagne»?

MAÎTRE.—Gracias, señor. (Va hacia Andrés y le apoya fraternalmente una mano en el hombro) ¡Valor!

ANDRÉS.—¡Hombre! Le diré.

MAÎTRE.—(Ya en la puerta) Ni una palabra. Ya sé que mañana por la mañana los señores no tienen prisa. ¡Cómo siempre! ¡Buenas noches!

(Y sale, cerrando tras sí la puerta del fondo. Andrés, solo, absolutamente solo, mira en derredor y corre hasta la mesita y se sirve muy deprisa una nueva copa de «champagne», que se zambulle de un trago. Se abre la puerta de la alcoba y aparece Catalina. Se ha despojado de su traje, y viste ahora una bata de noche muy vaporosa. Sin avanzar, se apoya en la pared y mira a Andrés, que está lejos. Uno y otro se contemplan así, sonrientes e inmóviles. Andrés está como fascinado, pero nerviosísimo. Catalina, femenina y triunfal)

CATALINA.—(Muy bajo) ¿Se han ido todos?

ANDRÉS.—Sí... Creo que sí. (Decidido) Pero si necesitas algo, llamaré.

CATALINA.—(Casi en un grito) ¡No! ¡Eso nunca! ¡Viva la libertad!

(Y corriendo y riendo se lanza a sus brazos locamente)

ANDRÉS.—(*Trémulo, emocionadísimo, se le quiebra la voz*) ¡Oh! ¡Catalina, mi Catalina!

CATALINA.—(*Con coquetería: su cabeza en el hombro de él*) ¿Has visto cómo me miraban las camareras? ¡Descaradas!

ANDRÉS.—¡Je! Una recién casada siempre llama la atención. Sobre todo en estos momentos...

CATALINA.—(*Con risueña picardía*) ¿Crees que se me nota que me he casado esta tarde a las siete?

ANDRÉS.—(*Sonríe*) Yo creo que sí...

CATALINA.—No me extraña. Tengo un poco de sofoco y estoy muy cansada. Pero es una fatiga maravillosa, Andrés. ¡Qué feliz soy!

ANDRÉS.—Catalina...

CATALINA.—¡Andrés! (*Le mira a los ojos y sonrío incrédula*) Pero, ¿qué es eso? ¿Lloras?

ANDRÉS.—(*Todo confusión*) Sí... No. No lo sé. No sé lo que me ocurre. Estoy como trastornado. ¡Te quiero mucho, Catalina! Y luego han sido tantas emociones las de hoy. Y esta noche, aquí, solos los dos. Este momento... ¿Comprendes?

CATALINA.—Pero, querido... Te advierto que la novia soy yo.

ANDRÉS.—¡Je! Tienes razón. Me estoy portando de un modo ridículo. (*Inspirado*) Yo creo, Catalina, que lo mejor será...

CATALINA.—(*Alegre*) ¿Un beso?

ANDRÉS.—No, no. Lo mejor será que tomemos un bocadillo.

CATALINA.—¡Andrés! ¿Eres capaz de comer ahora?

ANDRÉS.—Tengo un hambre horrible, querida. Esta tarde, en el Palace,<sup>1</sup> no he probado bocado.

CATALINA.—(*Indignada*) Está bien. ¡Puedes comer!

*(Andrés se sienta a la mesa. Ella, enfurruñada, se refugia en el ventanal. Una pausa. Desde allí le mira a hurtadillas verdaderamente sorprendida)*

¡Andrés!

ANDRÉS.—(*Asustado, sin dejar de comer*) ¿Qué?

CATALINA.—¿Qué luces son esas?

ANDRÉS.—El Escorial.

<sup>1</sup> *Palace*: Hotel Palace, hotel de primera categoría en la Carrera de San Jerónimo y Glorieta de Neptuno, en Madrid. Este dato, junto con la elección del lugar para celebrar la noche de bodas, indica el elevado nivel económico de una pareja como tantas otras que protagonizaron las comedias españolas de la época.

CATALINA.—Me gusta El Escorial. Pero me fastidia el monasterio. Es demasiado grande y no deja sitio para el pueblo...

ANDRÉS.—Es verdad. No se me había ocurrido.

CATALINA.—¡¡Andrés!!

ANDRÉS.—Catalina...

CATALINA.—¿Todavía estás comiendo?

ANDRÉS.—¡Je! Dispénsame. Es que estos «sandwichs» de jamón están riquísimos.

CATALINA.—¡Oh!

ANDRÉS.—(Muy solícito) ¿Quieres uno?

CATALINA.—¡¡No!!

*(Una pausa. Suena el teléfono. Los dos, inmóviles, vuelven los ojos al aparato)*

CATALINA.—¿Eh?

ANDRÉS.—El teléfono... Tiene gracia.

CATALINA.—En este momento no tiene ninguna gracia. Llamarnos ahora es de muy mal gusto.

ANDRÉS.—Debe ser una equivocación...

CATALINA.—Quizá. No contestaremos...

*(Pausa. El teléfono sigue sonando. Los dos le miran fijamente, sin moverse)*

ANDRÉS.—¡Je! Me parece que no es una equivocación... Debe ser mi primo Germán.

CATALINA.—¡Ah!

ANDRÉS.—Sí... Ya le conoces. Como es tan bromista. Me prometió que nos llamaría de madrugada para preguntarme qué tal... Vamos, para saber si lo estábamos pasando bien. Yo creí que no se atrevería; pero, está visto, es un desahogado.

CATALINA.—¡Oh! (Sonríe) Contestaré yo. Verás... (Toma el auricular del teléfono) Diga... ¡Ah! ¿Eres tú? (Se vuelve riendo hacia Andrés) No es Germán.

ANDRÉS.—¿No?

CATALINA.—Es mi hermana Marisa. Por lo visto, la pobre mamá está nerviosísima. No duerme pensando que nos puede haber ocurrido algún accidente en la carretera...

ANDRÉS.—¡Pobre mamá!

CATALINA.—*(Al teléfono)* No, no, Marisa. Estamos perfectamente. No había ningún peligro. Figúrate: conducía yo el coche... Si, sí. No, no... Eso, no ¿Andrés? Está cenando... Como te lo digo. *(Andrés casi se atraganta)* Pues estamos charlando. Sí, sí. *(Ella habla con alguna melancolía)* No. Todavía no... ¡Palabra!

*(Baja el teléfono, vuelve sus ojos hacia Andrés y le ofrece en silencio los labios. Él se ruboriza, pero se acerca y la besa. Luego, muy de prisa, se sienta otra vez a la mesa. Ella habla por el teléfono)*

Sí. Ahora sí. *(Ríe)* ¡Oh, chiquilla! *(De pronto deja el auricular y se encara, indignadísima, con Andrés)* ¡¡Andrés!! ¡¡No comas más!!

ANDRÉS.—*(Asustado)* ¡Catalina!

CATALINA.—¡Me estás poniendo nerviosa! ¡Me estás poniendo en ridículo delante de mi hermana!

ANDRÉS.—No, no... Ya, ya he terminado.

CATALINA.—¡Oh! *(Al teléfono)* No, no es nada. Hablaba con Andrés... *(Sonríe)* Bueno. Es verdad: con mi marido... Claro que soy feliz. Muy feliz.

*(Andrés, que ha comenzado a dar paseos cerca de ella, y que realmente no sabe qué hacer, toma de pronto una resolución y entra rápidamente en el cuarto de baño. Cuando Catalina, que le sigue con los ojos, se ve sola, cambia su voz y su gesto al hablar por el auricular)*

Oye, Marisa, escucha. Ahora estoy sola. Oye: resulta que estas cosas no son como creemos nosotras. Quía. Ni muchísimo menos... ¡No! En el automóvil, no. Yo llevaba el volante y él se quedó dormido. Y aquí... *(Ríe)* Aquí... Es gracioso. Pero como tenía tanto apetito... No lo comprendo, está nerviosísimo. Es increíble; un hombre como él, tan acostumbrado. Desde luego, es la primera que se casa. Pero hay tantas noches de amor en su vida. ¡Qué raros son los hombres, Marisa! Andrés es otro. No le reconocerías. Desde esta tarde está trastornado. Ayer, todavía me contaba uno de sus últimos amoríos y nos reíamos los dos. Esta noche parece como si quisiera borrar de pronto todo su pasado... Es extraño... *(Escucha en una pausa más larga)* ¡Oh! Eso, sí... Sí, Marisa. Descuida. Te contaré todo. Todo, todo, todo... Sí. Adiós, Marisa. Mañana por la noche os llamaremos desde Lisboa. Entra en la alcoba de mamá y dale un beso de los míos. ¡Tírale del pelo! Claro que soy una señora casada, pero no importa. *(Un poco emocionada)* Que descanses, Marisa. Buenas noches, pequeña...

*(Cuelga el teléfono, ensimismada. Una pausa. Enciende un cigarrillo muy pensativa. Otra pausa. Sonríe, mira a la puerta del cuarto de baño y vuelve a sonreír. La puerta del cuarto permanece inalterablemente cerrada. Catalina se impacienta. Su mirada, poco a poco, es casi agresiva. Su impaciencia es cada vez mayor: un pie golpea maquinalmente sobre el suelo. Se levanta, da unos pasos. De pronto se detiene, cambia su gesto de enfado por una sonrisa de adorable feminidad. Mira de nuevo al cuarto de baño, como en un guiño; tira el pitillo y despacio, casi de puntillas, entra en la alcoba y deja la puerta abierta. Durante un breve tiempo la escena está sola. Al cabo se abre la puerta del cuarto de baño y aparece Andrés. Se ha cambiado de ropa, viste una elegantísima bata. Ve, asombrado, que la habitación está sola. Ve asimismo la puerta de la alcoba abierta. Da unos pasos, con la cabeza baja, en actitud de profunda meditación. Muy decidido se dirige a la alcoba, va a entrar... pero, ya casi en el umbral, se detiene y vuelve muy deprisa y se deja caer en un sillón cerca del ventanal. Suspira y piensa. Abre una hoja del ventanal y respira el aroma de la noche. Una pausa corta. Por la puerta de la alcoba, entreabierta, asoma la cabeza de Catalina, que verdaderamente estupefacta, ve cómo Andrés contempla tranquilamente el paisaje. Entra. Y casi de puntillas llega a él y se acomoda a su lado en el ventanal)*

CATALINA.—¿Sabes que has tenido un verdadero acierto al elegir este hotel para nuestra noche de bodas? Es muy bonito todo esto. Y luego, cómo huele a campo. ¡Qué delicia! Y el jardín es precioso: apenas tiene flores, pero los pinos son tan verdes... Mañana, si hace sol, quiero que desayunemos en el jardín, debajo del porche... *(Silencio. Ella sonríe)* ¡Andrés!

ANDRÉS.—*(Azorado)* ¿Qué?

CATALINA.—¿Conocías tú este refugio? ¿Estuviste aquí otras veces?

ANDRÉS.—Sí... Pero apenas. Pasé en este hotel un día del invierno pasado con unos amigos. Nada.

CATALINA.—*(Con mucha picardía)* ¡Huy, huy, huy!

ANDRÉS.—¿Te ríes?

CATALINA.—Tendría gracia que en este mismo sitio, en estas mismas habitaciones, hubieras vivido alguna de tus aventuras...

ANDRÉS.—*(Estremeciéndose)* ¡Catalina! ¿Estás loca? No te hubiera traído aquí jamás...

CATALINA.—Pero, tonto, no te enfades. Después de todo, no tendría nada de particular. Ya sabes que yo soy una mujer muy comprensiva y muy moderna. Y reconozcamos que esta casita, en medio del campo, a cincuenta kilómetros de Madrid, tiene gracia, tiene eso que vosotros llamáis ambiente... (*Se sienta graciosamente en un brazo del butacón de Andrés*) Dime la verdad. Conozco la larguísima historia de tus amoríos, porque tú mismo me la has contado... (*Sonríe*) ¿Viniste aquí con aquella Gisèle alguna noche?

ANDRÉS.—(*Sonrojado*) ¡Oh, no! ¡Te lo juro!

CATALINA.—¿Y con Lydia Valdés!

ANDRÉS.—No, no...

CATALINA.—¿Y con la «madame» que conociste en Nápoles?

ANDRÉS.—¡No! ¡Por Dios!

CATALINA.—¿Y con la florista de «Troika»?<sup>2</sup>

ANDRÉS.—(*Desesperado*) ¡No, no, no! Nadie, ninguna... Tú, tú eres la primera mujer que entra conmigo en estas habitaciones. ¡Lo juro!

CATALINA.—Es una lástima.

ANDRÉS.—(*Boquiabierto*) ¿Qué dices?

CATALINA.—Lo que pienso... (*Se pone en pie y pasea suavemente por la estancia*) En esta primera noche de nuestro matrimonio me hubiera gustado encontrarme entre las huellas de todos tus amores pasados. Quisiera verme rodeada de los fantasmas de esas mujeres para decirles una a una: «Buenas noches, “mademoiselle” Gisèle... ¡Hola, Lydia! ¿Cómo estás, querida? “Au revoir madame”. ¿Con que eres tú la muchacha que vende flores a la puerta de «Troika»? Mírala: con esos ojos de inocente... Pues aquí me tienen ustedes. Soy la señora de Andrés Torner. Sí, sí, yo... Catalina. La boda ha resultado preciosa: automóviles, flores, regalos, el todo Madrid... La marcha nupcial de Mendelssohn a gran orquesta.<sup>3</sup> De manera, queridas amigas, que os he vencido a todas: vosotras, una a una, habéis sido la aventura. Yo soy para siempre. ¡Soy la eternidad! Lo que importa para una mujer cuando llega a la vida de un hombre no es pasar, sino quedarse. Pasar, pasa cualquiera, pero quedarse es más difícil. Yo soy de las que se quedan. Yo, Catalina, soy la única mujer que ha sabido conquistar definitivamente a nuestro Don Juan...»

ANDRÉS.—(*Contrariado*) Catalina, yo no soy un Don Juan.

2 *Troika*: local mundano imaginario; seguramente en la fonética rusa el autor busca notas exóticas, asociadas a Andrés en su faceta de Don Juan internacional.

3 *Mendelssohn*: Felix Mendelssohn-Bartholdy (1809-1847), compositor alemán. En 1842, compuso música para determinados pasajes del *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare. Una de estas piezas es la famosa «Marcha nupcial».



CATALINA.—¡Sí lo eres!

ANDRÉS.—Te digo que no.

CATALINA.—Lo eres...

ANDRÉS.—Si te empeñas...

CATALINA.—Eres el tipo de Don Juan más peligroso. ¡El que no lo parece!  
(*Mirándole cariñosa de arriba abajo*) Porque, realmente, tienes un aspecto insignificante.

ANDRÉS.—(*Ofendido*) Mujer, no tanto.

CATALINA.—¡Completamente insignificante! A primera vista casi, casi pareces un infeliz...

ANDRÉS.—(*Sonríe*) Un infeliz. Eso, sí, sí. Di, Catalina... ¿Te gustaría que yo fuera un infeliz?

CATALINA.—(*Riendo*) ¡Ah! No lo sé.

ANDRÉS.—¡Oh!

CATALINA.—No, no lo sé... Cuando te conocí y me enamoré eras un sinvergüenza.

ANDRÉS.—¡Catalina! Te juro que soy una persona decente.

CATALINA.—Un sinvergüenza. Un hombre que no es guapo, que no tiene figura, un hombre insignificante..., que tiene un secreto. Sí, un secreto, una seducción misteriosa con la que conquista a toda clase de mujeres. La verdad, Andrés. No sé si me enamoré de ti o de tu secreto...

ANDRÉS.—Pero eso es terrible, Catalina. ¡No sabes lo que dices!

CATALINA.—Andrés... Recuerda el día que nos conocimos.

ANDRÉS.—(*Rememora con ilusión*) ¡Oh! Una mañana, hace dos meses justos, en un bar americano... Estabas sentada a la barra, con tu hermana Marisa. Hacíais un grupo perfecto. Marisa, rubia; tú, morena. Marisa, tan callada; tú, tan alegre. Yo, cerca de vosotras, tomaba el aperitivo con mi primo Germán, que era amigo vuestro. ¿Te acuerdas? Pedí a Germán que me presentara a ti... Nos acercamos. Os invité. Tú pediste un «whisky», y yo una gaseosa.

CATALINA.—Lo normal... Así pasa siempre. Pero lo cierto es que en aquel momento yo me estaba burlando de ti...

ANDRÉS.—(*Con un eco de angustia en la voz*) ¿Es cierto? ¿Te burlabas de mí, Catalina?

CATALINA.—Sí; ahora ya te lo puedo decir... Empezaste a interesarme al día siguiente, cuando tu primo Germán me contó de ti unas cosas espantosas. Unos amoríos de escándalo. Después... la gente coincidía con los informes de Germán. Todas mis amigas, una a una, comenzaron a enamorarse de ti... Y ya no me burlé, ni muchísimo menos. Resultaba que tú eras un hombre tremendo.

ANDRÉS.—(*Aterrado*) ¡Yo un hombre tremendo!



CATALINA.—Un hombre irresistible. Y ya ves, me enamoré de ti con toda mi alma. Luego, tú mismo, durante los dos meses de nuestro noviazgo, me has contado todos los días un par de amores pasados. ¡Si supieras cuánto te he agradecido esa sinceridad! Todavía ayer me contaste lo de la manicura de la peluquería. (*Transición*) La muy...

ANDRÉS.—(*La interrumpe, asustado*) ¡Catalina!

CATALINA.—Supongo que todavía tendrás algo más que decirme, porque como nuestras relaciones han sido tan cortas...

ANDRÉS.—(*Modestamente*) ¡Pchs! Quedan algunas aventurillas sin importancia... Pequeñeces... ¡Nada!

CATALINA.—(*Le mira y sonrío*) Andrés... ¿Cuándo vas a empezar a engañarme?

ANDRÉS.—¿Yo? ¡No te engañaré nunca, Catalina!

CATALINA.—(*Superior*) No digas tonterías.

ANDRÉS.—(*Apasionado*) Te lo he jurado. ¡Te lo juro!

CATALINA.—Y dale... Yo sé que un día me engañarás. Un hombre como tú no puede ser fiel eternamente. Mira, Andrés: yo soy muy moderna, ¿sabes? Una mujer como yo puede permitirse el lujo de ser sincera... ¿Entiendes? Si un día me engañas, no es que me alegre, naturalmente, pero no te pongas demasiado colorado. La fidelidad en las mujeres es un encanto más. En los hombres es casi un defecto...

ANDRÉS.—(*Aterrado*) ¡Catalina!

CATALINA.—Sí, sí, sí... Yo sé lo que digo. (*Casi romántica, con una adorable frivolidad*) Hay algo más maravilloso que querer a un hombre. Y es que nos quiera un hombre que vuelva locas a las demás. En el fondo, a muy pocas mujeres inteligentes les disgusta que su marido las engañe un poco de cuando en cuando. Escandalizan porque es lo correcto..., pero te aseguro que es magnífico saber que una es la dueña del sueño de otras mujeres. Es un placer extraordinario... Pero no está al alcance de cualquier mujer. (*Sonríe*) Si doña Juana la Loca se hubiera enterado a tiempo de estas cosas, no habría hecho la pobre tantas tonterías...<sup>4</sup>

ANDRÉS.—(*Que la ha oído estupefacto*) ¡Calla! ¡No sabes lo que dices, Catalina! Da frío oírte. ¿Quieres decir que yo debo engañarte?

CATALINA.—(*Sonríe*) Te diré. No he dicho eso precisamente. Yo solo quiero que sigas siendo el hombre de quien me he enamorado. El único hombre con quien puedo ser feliz... ¿No comprendes?

<sup>4</sup> *Juana la Loca*: Juana I de Trastámara (1479-1555), reina de Castilla entre 1504 y 1555. La alusión del texto recuerda los frustrados amores con Felipe el Hermoso, que provocaron en la reina unos celos patológicos popularizados gracias a películas de gran éxito como *Locura de amor* (1948), de Juan de Orduña.

ANDRÉS.—¡Calla! ¡Qué horror!

CATALINA.—(*Absorta*) ¡Andrés!

ANDRÉS.—Entonces... ¡Estoy perdido!

CATALINA.—¿Que estás perdido?

ANDRÉS.—¡Claro! (*Desconsolado*) Tendré que flirtear: me veré obligado a conquistar a otras mujeres... ¡Es espantoso!

CATALINA.—¿Por qué?

ANDRÉS.—Porque no sé hacerlo...

*(Y abatido, deshecho, se deja caer en un sillón, con la cara tapada entre las manos. Un sollozo sordo)*

CATALINA.—¡Andrés! ¿Qué dices?

ANDRÉS.—Que no sé, Catalina, que no sé... No sé flirtear, no sé hacer el amor... ¡No sé! (*Casi llorando*) ¡Soy un desdichado!

CATALINA.—¿Eh? ¿Que tú eres un desdichado? (*Se arroja de rodillas a los pies de Andrés e intenta verle la cara*) ¿Qué dices?

ANDRÉS.—¡La verdad! La única verdad... Yo no soy un Don Juan. Yo no soy un conquistador. ¡Todo es mentira! ¡Todo! Mi fama, mis conquistas, mi secreto. ¡Todo! ¡Todo! Yo no soy más que un pobre hombre...

CATALINA.—¡Un pobre hombre! ¡Tú!

ANDRÉS.—Un pobre hombre, sí... Un desgraciado. Ya lo sabes todo. No podía más, Catalina, no podía más. ¡Perdóname mi engaño!

CATALINA.—Oye, oye, oye... ¿Qué quiere decir esto? Entonces, si todo es falso, ¿quién ha inventado la historia de tus amores?

ANDRÉS.—(*Sonrojadísimo*) Yo.

CATALINA.—(*Del estupor queda sentada en el suelo, sobre la alfombra*) ¡Tú! ¡Tú mismo!

ANDRÉS.—Sí.

CATALINA.—Es fabuloso...

ANDRÉS.—Sí, Catalina. Soy un embustero enorme. Ya lo sé... Pero todo lo hice por ti. Escúchame... Tú sabes muy poco de mí, Catalina. Apenas hace dos meses que me conoces. Unos días antes acababa yo de llegar a Madrid de mi vieja casa de Burgos. No te he hablado nunca de los primeros años de mi vida: de aquel niño rico y huérfano que vivió mucho tiempo en el internado de un colegio de provincias, sin más ternura que la triste ternura que cabe en las cartas lejanas de un tutor... Aquel niño solitario enfermaba de soledad y de melancolía. Solo era feliz a la noche, con los ojos cerrados, en sus sueños... Después, ya adolescente, fue peor todavía: encerrado en la

vieja casa de Burgos entre criados viejos y malhumorados... Y así, día tras día, fue creándose en mí este hombre tímido que ahora soy y que no puedo dejar de ser. He vivido muchos años sin más compañía que mis libros y mi imaginación. Solo, atrozmente solo. Un día me dio miedo tanta soledad, me asustó mi vida estéril e inútil y me fui a Madrid. Tenía un ansia infinita de amar y de vivir. A los pocos días, mi primo Germán nos presentó en aquel bar...; yo me enamoré de ti como un loco, como un pobre loco. Estabas tan bonita aquella mañana... ¡Había tanta alegría en esos ojos tuyos! Y decidí conquistarte... Pero era muy difícil. Tú eras una mujer moderna, nada vulgar. ¡Y tienes tanta imaginación! Si me hubiera presentado a ti como soy, tan insignificante, te hubieras burlado de mí. Yo tenía que ofrecerte algo excepcional... Por lo menos, una leyenda; eso es, una leyenda de hombre extraordinario... Y tenía que ser otro hombre. Y eso hice. Me inventé a mí mismo. Le conté a Germán una larga serie de episodios amorosos que solo habían existido en mi imaginación. Como Germán es tan charlatán, los propaló por todas partes, aumentados... Y ya puedes figurarte. En Madrid, la fama de sinvergüenza la consigue uno en un par de días y ya le dura toda la vida. Al poco tiempo, la gente ya no tenía bastante con lo que se decía de mí y me achacaban todos los escándalos amorosos que ocurrían. Pero al mismo tiempo comencé a interesarte. Ya era lo que vosotras llamáis un hombre interesante. Como verás, es facilísimo... No me explico cómo no lo son todos. *(Con otra voz. Por primera vez vuelve los ojos a Catalina, que le mira atónita)* Todo lo hice por ti, Catalina. Te quiero locamente. Hace unos momentos, mientras te oía, yo hubiera querido ser realmente ese hombre que te he hecho creer que soy, para que estuvieras orgullosa de mí. Lo he intentado... *(Avergonzado)* Pero no sirvo. En Burgos, cuando al atardecer, intentaba seguir los pasos de alguna muchacha, me entraba un sofoco... Parecía que me seguía ella a mí. Y nada. *(Baja la cabeza)* Por eso temblaba como un chiquillo cuando hemos entrado en estas habitaciones. Y ahora, solos entre estas cuatro paredes, en nuestra noche de bodas, ante la verdad de nuestro amor, ahora que ya eres mía, no puedo engañarte... No tengo fuerzas para seguir mintiendo. Ya lo sabes todo, Catalina, ya lo sabes. ¡No soy más que un pobre hombre que está loco por ti!

CATALINA.—*(Después de un pequeño silencio, casi sin atreverse)* Pero ¡si no puedo creerlo! ¿Todo es mentira?

ANDRÉS.—*(Con humildad)* Todo.

CATALINA.—¿Lo de Gisèle?

ANDRÉS.—¡Gisèle no existe! ¡Pobrecita Gisèle!

CATALINA.—¿Lo de Lydia Valdés?

ANDRÉS.—Calla, por Dios. Lo de Lydia lo inventó Germán para despistar, porque el verdadero amante de Lydia es él.

CATALINA.—¿Y los anónimos que yo he recibido denunciándome tus fechorías?

ANDRÉS.—Los escribía yo mismo. Para escribir tengo mucha facilidad...

CATALINA.—(*Atónita*) ¡Es admirable! Pero, ¿no hubo ni una sola mujer en tu vida?

ANDRÉS.—(*Avergonzado*) No, ninguna. (*Sonríe*) Es decir, una: María Luisa.

CATALINA.—¿Quién era?

ANDRÉS.—No la conocí jamás...

CATALINA.—¡Otra mentira!

ANDRÉS.—No. Es la única verdad. Y es un sueño. María Luisa es un sueño. Desde niño, en mis noches de colegial, he imaginado a mi manera la felicidad y el amor. En el fondo de mis sueños aparecía siempre la imagen de una mujer. Más tarde, cuando me convertí en un hombre, en mi soledad imaginaba también la llegada milagrosa de una mujer que me esperaba para ser mía. En todos los sueños era la misma. Y me acostumbré a llamarla María Luisa. Yo estaba bien seguro de que un día la encontraría. Cuando te encontré a ti aquella mañana estaba seguro de que María Luisa eras tú...

CATALINA.—(*Con los ojos fijos en él*) ¡Mírame, Andrés!

ANDRÉS.—¡Catalina!

CATALINA.—¿Nunca has besado a una mujer?

ANDRÉS.—Nunca... Bueno, en realidad... Una vez. ¡Je! En el tren... Yo iba hacia Burgos. A mi lado se sentó una señora de Vitoria que no hacía más que mirarme. De pronto, se apagó la luz en el departamento y, ¡zas!, la señora se aprovechó y me dio un beso... Fue un atropello.

CATALINA.—(*Bajísimo. Aterrada*) Entonces... ¿yo soy la primera?

ANDRÉS.—(*Sonríe, con vergüenza*) Sí... La primera.

CATALINA.—¡Ah, no! Entonces, no.

ANDRÉS.—¡Catalina!

CATALINA.—Que no. (*Comienza a pasear, excitándose a medida que habla*) ¡Que no! ¡Me niego! Resulta que yo, Catalina, me he casado con un pobre hombre...

ANDRÉS.—(*Casi con dignidad*) Con un hombre decentísimo.

CATALINA.—¡Me he casado con un infeliz!

CATALINA.—(*Desesperado*) Mira: eso, sí. Un infeliz, sí soy. ¡Si pudiera dejar de serlo! ¡Si pudiera llegar a ser un golfo!

CATALINA.—(*Encarándose con él, enfurecida*) Pero entonces ¡me ha timado usted!

ANDRÉS.—¡Catalina!

CATALINA.—Sí, sí. ¡Esto es un timo! ¿Con quién me he casado yo?

ANDRÉS.—(*Empequeñecido*) Catalina, por Dios... Te has casado conmigo.

CATALINA.—¡Mentira! No sé quién es usted. ¡A usted le acabo de conocer! Yo me he casado con el otro, con el que usted me hizo creer que era...

ANDRÉS.—Catalina, no me llames de usted, que soy tu marido...

CATALINA.—(*Prosigue en sus paseos*) No, no, no... Usted no es mi marido. Usted no es el hombre extraordinario con quien yo creí que me casaba esta tarde en la iglesia de San Ginés.<sup>5</sup> ¡Usted es un impostor! ¡Usted es un farsante!

ANDRÉS.—¡Oh, Catalina! Calla, calla, por piedad...

CATALINA.—(*En el colmo de la indignación y de la amargura*) ¡Me hizo creer que acababa de llegar de París, y venía de Burgos!

ANDRÉS.—¡Ya sabía yo que lo que menos me perdonaría era lo de Burgos!<sup>6</sup>

CATALINA.—¡Cállese! ¡No quiero oírle!

ANDRÉS.—¡Oh!

*(Catalina se deja caer en un sillón y, como fin de su crisis nerviosa, rompe en silenciosos sollozos. Andrés, muy lejos, se derrumba en otro sillón)*

CATALINA.—De manera que me ha engañado durante dos meses, día a día. Se ha burlado de mí como si fuese una chiquilla o una aldeana... ¡Yo, Catalina, una de las mujeres más exigentes de todo Madrid, la que ha desdeñado a tantísimos hombres, engañada por uno de Burgos! ¡Y yo creyendo que me llevaba una joya! (*Furiosísima*) Con que la conquista de Gisèle fue la más difícil de todas, ¿eh?; con que se le rindió una noche de verano en el Parque del Oeste. ¡Y no existe Gisèle! ¡Y lo más probable es que no exista el Parque del Oeste!<sup>7</sup>

ANDRÉS.—Mujer... El parque, sí.

CATALINA.—Cuando pienso que me seducía de él todo lo que era mentira. Yo le escuchaba fascinada, loca de alegría, creyendo que era mío el príncipe, el héroe, el Don Juan con quien soñaba de muchacha... ¡Contaba sus aventuras con tanta modestia!

ANDRÉS.—No era modestia. Es que me daba vergüenza mentir tanto...

5 *San Ginés*: una de las parroquias más antiguas y conocidas de Madrid, en la calle del Arenal. El actual templo data del siglo xvii.

6 Burgos, Vitoria, y otras ciudades del interior y el norte eran por entonces sinónimo caricaturesco de lo tradicional y provinciano.

7 *Parque del Oeste*: que sí existe, es uno de los espacios verdes más importantes de Madrid, entre la carretera de La Coruña, la Ciudad Universitaria y la Moncloa.

CATALINA.—Ahora ya sé lo que me espera. Se reirá de mí todo el mundo. Mis amigas, naturalmente... ¡Oh! Yo era una mujer que solo podía enamorarse de lo extraordinario. Me horrorizaba un hogar vulgar, con un hombre vulgar. Eso, jamás; eso, nunca, nunca... Antes, soltera para siempre. ¡Y ahora quedaré en ridículo ante todos; se burlará de mí todo Madrid! Parece que ya los oigo: «¿No sabe usted? Catalina se ha casado con un muchacho de provincias... Un hombre insignificante. No es lo que decían. ¡Pobre Catalina!» ¡¡No!! ¡Eso, jamás! ¡Eso, nunca!

ANDRÉS.—¡Oh! ¡Oh!

*(Una pausa larga, muy larga. Él la observa, angustiado. Ella se pone bruscamente en pie. Andrés, también)*

Catalina, ¿qué piensas?

CATALINA.—*(Con otra voz, como después de una reflexión)* Déjame... No me toques.

ANDRÉS.—Catalina.

CATALINA.—No te acerques... *(Marcha lentamente hacia la puerta de la alcoba)* Es tarde y estoy muy cansada.

ANDRÉS.—Catalina...

CATALINA.—*(Ya en el umbral de la puerta, se vuelve rápida y corta el paso a Andrés, que la seguía disponiéndose a entrar tras ella...)* No... Eso, no.

ANDRÉS.—*(Inmovilizado)* ¡Catalina!

CATALINA.—No, no... *(Mirando al suelo)* Voy a pasar la noche sola...

ANDRÉS.—¿Qué dices?

CATALINA.—Compréndelo... Yo quería a un hombre y resulta que me he casado con otro. Con un desconocido... Sí, sí. Con un desconocido, al que tú mismo me acabas de presentar. Y, claro, mi noche de bodas con un desconocido sería completamente inmoral. Yo soy una mujer decente, Andrés...

ANDRÉS.—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca? Ese hombre lo inventé para ganarte... Soy yo mismo. ¡Yo, Catalina!

CATALINA.—¡Oh, no! Pobre Andrés... Tú ya no eres nadie. Yo amaba al hombre que tú me hiciste creer que eras. Un hombre fabuloso. Le quería con todas mis fuerzas, hasta con la fuerza del orgullo, que es la mayor de todas... Tú, ahora, le has hecho desaparecer. Ya no eres él. Ya no te quiero, Andrés.

ANDRÉS.—¿Estás loca?

CATALINA.—Comprenderás que te acabo de conocer tal como eres, y no puedo enamorarme de ti en diez minutos. Es una pena. ¡Hubiera sido tan dichosa

con aquel hombre! Nuestro matrimonio hubiera sido una larga aventura, muy alegre y muy bonita, que hubiera durado toda la vida...

ANDRÉS.—(*Con la voz velada*) Yo te ofrezco todo lo que tengo: mi soledad, mis sueños, mi amor. ¡Todo mi corazón!

CATALINA.—(*Sonríe*) No es demasiado. El corazón lo ofrecen casi todos los hombres que no pueden ofrecer otra cosa.

ANDRÉS.—¡Catalina! Vas a volverme loco... ¡Yo soy tu marido!

CATALINA.—No. Serás mi marido cuando yo me enamore de ti... (*Y se seca una lágrima*).

ANDRÉS.—¿Por qué lloras?

CATALINA.—Por el otro... (*De pronto*) ¡Buenas noches!

*(Entra y cierra rápidamente la puerta tras ella. Se oye el ruido de la llave al girar en la cerradura. Andrés da un paso, va a golpear con furia en la puerta, pero se contiene)*

ANDRÉS.—¡Catalina! Yo te quiero... Yo... Catalina.

*(Casi con lágrimas, Retrocede. Da unos pasos por la estancia. Se ve irremediadamente solo y algo le tiembla en la garganta. Suena de pronto el timbre del teléfono. Andrés toma el auricular de un modo maquinal)*

¿Eh? ¿Quién? ¿Quién? ¡Ah! ¡Eres tú, Germán! ¡Querido Germán! Yo, Andrés, claro. Ya..., ya, ya... Sí, todo maravilloso... Todo. Catalina es una delicia. Sí, chico, sí. Está loca por mí. (*Sonríe modestamente*) No, hombre, no tanto; que se me dan bien las mujeres, nada más. Bueno; pues, si te empeñas, sí, tienes razón. Soy eso que tú dices: un Don Juan fantástico, un hombre imponente. ¡Sí, Germán! Claro que sí... Soy feliz. ¡Muy feliz! (*Se le cae el auricular de las manos, que rueda hasta el suelo. Solloza como un niño*) Muy feliz, muy feliz, muy feliz...

TELÓN



## ACTO SEGUNDO

**P**equeno «living», muy burgués y muy amable, en el joven hogar de Catalina y Andrés. Gran mirador apaisado, al fondo, sobre una calle silenciosa de un barrio elegante. Una madrugada de invierno. Hay un clima tibio en la estancia, que contrasta golosamente con el frío que se presiente tras los cristales del mirador. Pocos muebles, muy delicados, y un bonito sofá. Un reloj de pie o sobre un mueble, da sonoramente las horas cuando se indique.

*(Catalina, sentada junto a un secreter, bajo la luz de un portátil con pantalla, escribe lentamente en un pequeño libro de hojas blancas... Fuera, en la habitación inmediata, gira un disco con la romanza de «Madame Butterfly».<sup>8</sup> Se levanta el telón, y durante unos segundos Catalina escribe pensativa. El reloj da una campanada. Al cabo finaliza el disco y asoma entre unas cortinas el rostro de una doncella: Cecilia)*

CECILIA.—Señora... Se ha terminado «Madame Butterfly». ¿Quiere la señora que ponga otro disco?

CATALINA.—No... El mismo otra vez. ¡Es precioso!

CECILIA.—Como guste la señora. Pero yo creo que la señora debe acostarse. Es tardísimo. Y a esta hora es inútil que espere la señora. Por lo visto, el señor tampoco duerme esta noche en casa... Es la tercera noche en esta semana, y todavía estamos en jueves.

CATALINA.—*(Suspira)* Sí, Cecilia. Ya lo sé.

CECILIA.—Vamos, señora, que no hay derecho a hacer lo que hace el señor con la señora. ¡Ea! ¡Una señora como la señora! ¡Si la señora fuera yo!

*(Entra Juana, otra doncella. Trae algo en la mano)*

JUANA.—Señora. *(Conmovidísima)* No vaya a creer la señora... Yo no quiero dar un disgusto a la señora. *(A punto de llorar)*.

---

<sup>8</sup> Madame Butterfly: ópera en tres actos con música de Giacomo Puccini, y libreto de Giuseppe Giacosa y Luigi Illica; estrenada en Milán el 17 de enero de 1904. La elección de esta composición musical trata de subrayar caricaturescamente la situación dramática.



JUANA.—Señora... Es la señora del cuarto de al lado. La amiga de la señora. Preguntó si la señora se había acostado. Yo no sabía qué decirle. Está en el recibimiento...

CATALINA.—Dila que entre. Me distraerá...

JUANA.—Sí, señora.

*(Sale la doncella. Aún se oye durante algún tiempo el disco de «Madame Butterfly». Entra Gaby. Es una muchacha frágil, delicada. Se ruboriza fácilmente. Es muy bonita. Viste una «toilette» íntima y vaporosa, muy parecida a la de Catalina)*

GABY.—Catalina querida... ¿Me perdonas?

CATALINA.—Pero, Gaby. ¿Qué he de perdonarte?

GABY.—¡Llamar a tu puerta de madrugada! Soy más atrevida... Pero no tenía otro remedio; y como sé que te acuestas muy tarde... Estoy apuradísima.

CATALINA.—¡Gaby! ¿Qué ocurre?

GABY.—*(Absolutamente consternada)* ¡Se ha estropeado mi teléfono!

CATALINA.—¡Oh! ¿Y eso es tan grave?

GABY.—*(Muy seria)* Gravísimo, Catalina. Desde hace una hora estoy intentando hablar con Jorge, pero es inútil. ¡Pobrecito mío!

CATALINA.—¿Tu marido?

GABY.—¡Claro! Como Jorge trabaja de noche en el periódico... ¡Mi pobre Jorge! Se encierra todas las noches en la Redacción hasta unas horas tremendas. Y mientras, yo, sola, no puedo dormir hasta que llega. Las cuatro, las cinco. Por eso, ¿sabes?, de madrugada le llamo por teléfono. ¡No he faltado ni una noche desde que nos casamos!

CATALINA.—*(Ríe)* ¡Oh!

GABY.—Hablamos unos minutos... Jorge dice que mi voz le llena de optimismo. Ya ves: anoche Jorge escribía un artículo importantísimo sobre política internacional. La situación era muy grave y parecía que iba a estallar la guerra. Pero le llamé yo cuando iba por la mitad del artículo y lo acabó diciendo que el mundo puede vivir tranquilo, que jamás, jamás, jamás habrá una nueva guerra... *(Muy ufana)* Comprenderás que no tengo más remedio que llamarle...

CATALINA.—Sí, hija. Como que de ti depende la paz universal.

GABY.—*(Ríe y se acerca al teléfono)* Me permites, ¿verdad? *(Mientras marca un número)* ¡Maldito teléfono! Y precisamente esta noche. ¡Con lo que esta noche significa para los dos! Hoy hace un mes y diez días que nos casamos.

CATALINA.—Bueno. Entonces mañana será tan importante como hoy...

GABY.—¿Por qué?

CATALINA.—Porque mañana se cumplirá un mes y once días.

GABY.—Tienes razón. No había pensado... ¡Ay! Ya oigo la señal. Estoy más nerviosa... Ahora, la telefonista. Es una chica antipatiquísima. Yo creo que me aborrece. A veces tiene la frescura de preguntarme: «¿De parte de quién?». Figúrate, como si a Jorge le pudiera llamar otra mujer que no fuera yo... Ya. ¿Oiga? Señorita, quiero hablar con el Redactor Jefe, don Jorge Castellanos. (*Indignadísima*) ¡De parte de su mujer! (*Ríe Catalina*) ¿Has oído? (*Una transición. Otra voz. Unos ojos de inmensa felicidad*) ¡Jorge! Mi vida... ¡Chiquitín!

CATALINA.—Pero, ¿le llamas chiquitín? Si mide cerca de uno noventa...

GABY.—No importa. A él le gusta. Dice que no se lo ha llamado nadie.

CATALINA.—Lo creo.

GABY.—(*Al auricular*) ¡Tenemos el teléfono estropeado, Jorge! Hasta he llorado, no te digo más. Estoy en casa de Catalina y Andrés. No, no... No sé nada. Pero, ¿es posible? A la puerta del Banco de España... ¡Qué horror! Ese hombre está loco... ¿Está herido? ¿No? ¡Gracias a Dios!

CATALINA.—¿Qué sucede, Gaby?

GABY.—No, no... Nada... (*Azoradísima*) Un amigo de Jorge, que ha tenido un accidente. Nada. Cosas de mujeres. Tranquilízate; ha resultado ileso... (*Transición*) Jorge. Mi vida. ¿Estás escribiendo? ¡Siempre escribiendo! ¿Qué escribes? ¡Ay, Catalina! Jorge dice que la situación en Palestina es muy tirante...

CATALINA.—No te preocupes. Cuando salga a la calle el periódico de tu marido, todo estará resuelto...

GABY.—¡Oh! Sí, chiquitín. Sí, es verdad: la vida es muy bonita, la vida es muy hermosa.

CATALINA.—Lo dicho. ¡Inglaterra puede dormir en paz!

GABY.—Sí, sí, sí... Un mes y diez días. Más... Más que entonces, Jorge. (*Emocionadísima*) Sí. Adiós. Cuídate. Pide un taxi para venir a casa. Ven pronto, Jorge. Te quiero mucho. Adiós, chiquitín. (*Abandona el teléfono y, llena de un gozo que es casi angustia, cae en el sofá y esconde la cara entre las manos*) ¡Oh!

CATALINA.—(*Acude junto a ella*) Pero, Gaby, ¿lloras?

GABY.—No lo puedo remediar, ¿sabes? Cuando pienso en Jorge y en cómo me quiere, siento dentro de mí algo maravilloso que me sube a la garganta y me ahoga. Soy una niña. ¿No es eso, Catalina?

CATALINA.—Creo que sí. (*La acaricia con superior ternura*) Me asusta pensar lo que será de ti cuando Jorge te engañe por primera vez.

GABY.—¡Oh! (*Ufana*) Jorge no me engañará nunca. ¡Está enamorado de mí!

CATALINA.—¡Naturalmente! Pero los hombres no nos engañan porque se enamoren de otras mujeres, sino porque otra pobre mujer se enamora de ellos. En el adulterio, la única víctima es la amante...

GABY.—(*Sonríe*) No... No puede ser. Nos queremos con locura, no podemos vivir el uno sin el otro. (*Transición*) ¡Oh, Catalina! Me olvidé de que tú no eres tan feliz como yo...

CATALINA.—Al contrario. Soy la mujer más feliz del mundo...

GABY.—¿Eh? Pero, ¿es que no sabes?

CATALINA.—¡Todo!

GABY.—¿Todo?

CATALINA.—¡Todo! (*Con aire de victoria*) Bueno, casi todo. Pero, en fin, sé que mi marido me engaña...

GABY.—(*Absorta*) ¡Catalina!

CATALINA.—Sé que sus aventuras son el escándalo de todo Madrid, sé que mis mejores amigas flirtean con él, sé que es el Don Juan de moda...

GABY.—Pero, Catalina.

CATALINA.—Todo, todo. Desde hace tres meses que nos casamos, ni un solo día he dejado de averiguar los pasos de mi marido. Me cuesta muchísimo trabajo. Porque la verdad es que Andrés es infatigable. Tú veras: esta es la tercera noche en esta semana que Andrés no viene a casa. Las criadas llevan la cuenta. No te digo más...

GABY.—¡La tercera noche!

CATALINA.—Mira. Si quieres convencerte por ti misma, puedes leer mi diario. Te autorizo. Ahí está todo. (*Y le entrega el libro en que escribía*) ¡Toma!

GABY.—¡Ay, sí! Yo soy muy curiosa. (*La mira asombradísima y luego lee*) «Lunes 15. Almuerzo sola. Mi marido tiene una cita con “la Madelón” en un restaurante de la calle de Alfonso XII...» ¡Catalina! ¿Quién es «la Madelón»?

CATALINA.—Es una chica francesa que se hizo célebre en Barcelona cantando canciones muy atrevidas en un café del Paralelo.<sup>9</sup> Andrés la ha retirado. Creo que es interesantísima...

GABY.—¡Ah! (*Atónita*) «Martes, 16. Esta noche Andrés come en la Ciudad Lineal con Paquita Cantares...» ¿Quién es esa mujer?

CATALINA.—¡Gaby! ¿No la conoces? Es una artista del folclore...

GABY.—(*Tímida*) ¿También es interesante?

<sup>9</sup> *El Paralelo*: Avenida del Paralelo en Barcelona que, durante décadas, destacó por la concentración de locales dedicados a los espectáculos de variedades y revista.

CATALINA.—Muchísimo. Es licenciada en filosofía. Si no fuera así, no tendría atractivo para Andrés...<sup>10</sup>

GABY.—¡Ah, ya! (*Vuelve a leer*) «Jueves... Estoy sola una vez más. Andrés tiene una nueva aventura. Ha pasado el día en El Plantío con xx ...».<sup>11</sup> Oye: ¿quién es xx?

CATALINA.—(*Baja los ojos, discreta*) Está casada y no he querido poner su nombre... Por delicadeza ¿sabes? Como estos diarios íntimos los lee todo el mundo...

GABY.—Ya. Eres admirable, Catalina. Estás en todo. (*De pronto*) Pero de lo que ha ocurrido esta mañana aún no estás enterada...

CATALINA.—(*Frunce el ceño*) ¿Qué ha ocurrido esta mañana?

GABY.—Me lo acaba de contar Jorge por teléfono, pidiéndome que te lo ocultara. Pero como lo sabes todo... Verás. Esta mañana, a mediodía, Andrés iba por la calle de Alcalá; de pronto, a la puerta del Banco de España se ha cruzado con el marido de una de estas mujeres... A lo mejor era el marido de xx.

CATALINA.—¡Quién sabe!

GABY.—El pobre señor ha empezado a dar gritos. Y entonces, Andrés...

CATALINA.—¿Qué?

GABY.—Andrés se ha puesto furioso y le ha pegado un puñetazo terrible en la cara.

CATALINA.—(*Halagada*) Me lo figuro. Andrés es tremendo...

GABY.—El escándalo ha sido enorme. La gente se ha puesto de parte de Andrés. El pobre marido ha tenido que huir...

CATALINA.—Es natural. No sé por qué los maridos se meten en estas cosas de Andrés... No escarmientan.

GABY.—(*Espantada*) ¡Dios mío! ¡Andrés es un monstruo!

CATALINA.—(*Felicísima*) Mujer... ¡Tanto como un monstruo! Es irresistible. ¿Qué culpa tiene él? Pero, ¿comprendes ahora por qué me siento absolutamente feliz a su lado? Una mujer como yo solo concibe el matrimonio de una manera: casándose con un héroe de nuestros sueños de muchachas... Eso es Andrés. Antes bastaba que un hombre fuera bonísimo para que resultara un gran partido. Pero, querida, los hombres buenos, a secas, son muy aburridos. Hay por ahí cada imbécil que es todo corazón...

GABY.—¡Catalina!

<sup>10</sup> En este tipo de réplicas se percibe la concomitancia de Ruiz Iriarte con el humor de los comediógrafos de la «otra generación del 27», tan alejados siempre de las folclóricas, y amantes de las situaciones paradójicas.

<sup>11</sup> *l Plantío*: zona residencial al noroeste de Madrid.

CATALINA.—(*Soñadora*) ¡Oh! Cuando Andrés come en un restaurante con «la Madelón», y ella le mira a los ojos, una sombra se interpone de pronto entre los dos: soy yo, Catalina... Cuando Paquita Cantares le coge las manos, Andrés piensa en mí, en su Catalina, en su María Luisa, como él me llamaba antes de conocerme, cuando soñaba con la mujer ideal. Y si una amiga mía flirtea con Andrés, la pobre está sufriendo horrores, porque Andrés es mío... Este es mi triunfo. Lo importante para una mujer como yo es ser la María Luisa de un hombre encantador. Por eso me casé con él... Claro que las mujeres no le dejan ser fiel. Pero créeme. La otra clase de hombres no tiene ningún interés. El secreto de la fidelidad de muchos maridos está en que son feos o aburridos...

GABY.—(*Picadísima*) ¡No querrás decir que Jorge es feo!

CATALINA.—¡Oh, no! (*Condescendiente*) Jorge es un muchacho que no está mal.

GABY.—Al contrario; ¡está muy bien!

CATALINA.—Sí... Tiene una cara agradable.

GABY.—Es guapísimo.

CATALINA.—Demasiado alto. Un poco grandullón.

GABY.—¡No te has fijado bien! Es que tiene buena figura ¡Si le vieras de frac! Ya te enseñaré una postal. Y de interesante, no digamos. Dice unas cosas... Yo quisiera que le oyeras contar sus aventuras en París en aquellos ocho días que pasó allí el invierno pasado.<sup>12</sup> Me las cuenta todas las noches...

CATALINA.—Interesantísimo... Entonces no hay ningún inconveniente para que tu marido les guste a otras mujeres.

GABY.—¡Claro! Jorge siempre ha tenido mucho partido con las muchachas. (*Transición*) ¡Ay, Dios mío!

CATALINA.—¿Qué te ocurre?

GABY.—Ahora caigo... ¡La telefonista del periódico está enamorada de Jorge! Por eso me odia.

CATALINA.—¡Seguro! (*Muy contenta*) Y ¿no es cierto, Gaby, que tú llamas a tu marido todas las noches, más que para hablar con él, para que la telefonista te oiga decir: «¡De parte de su mujer!», para que esa pobre chica, que le adora en silencio, sepa, a diario, que eres la única dueña de Jorge?

GABY.—(*Asustadísima*) ¡Ay!... Sí, sí... Es verdad. No... Yo creo que sí. ¡No lo sé! (*No sabe si reír o llorar*) Esto es horrible... Entonces, ¿tú crees que mi Jorge me engañará?

<sup>12</sup> París funciona como símbolo antagonista de Burgos o Vitoria. Lo utiliza Ruiz Iriarte en varias de sus comedias, al igual que otros muchos autores contemporáneos de una España donde viajar a la capital francesa era una verdadera aventura.

CATALINA.—(*Alentadora*) Tranquilízate... ¡Te engañará!

GABY.—¡Oh!

*(En la puerta del fondo asoma la cabeza de Andrés. Trae el cuello del gabán subido; el sombrero, ladeado. Las manos, embutidas en los bolsillos del abrigo, y un aspecto de desolador y terrible aburrimiento. Se detiene prudentemente en el umbral... Las dos mujeres, al oír su voz, se vuelven hacia él)*

ANDRÉS.—¡Je! Buenas noches, Gaby. ¡Hola, Catalina!

CATALINA.—Andrés...

GABY.—(*Sin voz casi*) ¡El monstruo!

ANDRÉS.—Creo que vengo algo retrasado...

CATALINA.—(*Yendo hacia él, amabilísima*) Por Dios... No tiene importancia. ¡Es la una y media!

ANDRÉS.—(*Se horroriza*) ¡La una y media! ¡Qué barbaridad! Ya me figuraba yo que venía tarde para la cena...

CATALINA.—(*Sonriente*) No, no, querido. Llegas tarde para el almuerzo... Tampoco has venido a mediodía.

ANDRÉS.—¡Qué vergüenza! ¡Qué pensará de mí Gaby! ¡Un hombre que viene a almorzar de madrugada! (*Desolado*) Bueno; no tengo remedio. ¡Soy un perdido!

*(Y se sienta rendido en el sofá. Gaby y Catalina, al otro lado. Gaby le contempla con los ojos muy abiertos)*

CATALINA.—(*Bajo, a Gaby, y encantadísima*) ¡Qué sinvergüenza es!

GABY.—¡Dios mío! Y parece un infeliz...

ANDRÉS.—(*Aflojándose desconsideradamente el cuello y la corbata*) ¡Huy! Estoy fatigado, rendido. (*Un bostezo*) Hoy ha sido un día terrible.

CATALINA.—(*Indulgente*) Andrés; lo sé todo. Sé que esta mañana en el Banco de España...

ANDRÉS.—¡Quia! Eso no ha tenido importancia.

CATALINA.—¿Eh?

GABY.—¿Eh?

ANDRÉS.—Pchs... Total, un puñetazo. ¡Nada! Además, ha resultado bien. Hasta me ha aplaudido la gente...

GABY.—¡Qué horror! ¡Dice que le han aplaudido!

CATALINA.—Ya te dije que estas cosas para él son pequeñeces...

ANDRÉS.—Lo de esta tarde ha sido peor.

CATALINA.—¿Qué ha pasado esta tarde?

ANDRÉS.—Figúrate que estaba yo en el Círculo tomando un café,<sup>13</sup> tan tranquilo, cuando me han anunciado la visita del novio de Paquita Cantares, que venía con dos flamencos de la compañía...

GABY.—¡Ay!

CATALINA.—¡Andrés!

ANDRÉS.—Al pobre muchacho le habían contado... Cosas de la gente. Como estoy de moda. Y, claro, como estos flamencos no tienen más remedio que ser celosos... Para qué contar lo que hubo. ¡Un escándalo morrocotudo!

CATALINA.—¡Andrés! ¿Le... has... pegado?

ANDRÉS.—(*Baja la cabeza modestamente*) Sí, Catalina.

CATALINA.—¿A los tres?

ANDRÉS.—A los tres. Comprenderás que no tenía otro remedio...

CATALINA.—(*Se vuelve hacia Gaby*) Se comprende. ¡La culpa es de los flamencos!

ANDRÉS.—(*Sonríe*) Claro que al final...

CATALINA.—¿Qué?

GABY.—¿Qué?

ANDRÉS.—Al final, los tres flamencos se han hecho socios del Círculo para venir a tomar café conmigo, todas las tardes...

GABY.—¡Oh! ¿Es posible?

CATALINA.—¡Los domestica! Es formidable...

GABY.—(*Deslumbrada*) ¡Es extraordinario! ¡Qué hombre!

ANDRÉS.—Pero comprenderás, Catalina, que con todas estas cosas estoy muy cansado...

CATALINA.—¿Quieres que te prepare una taza de té muy caliente?

ANDRÉS.—¿Té? No, mujer. Ya sabes que a mí esos mejunjes no se me dan. Dame algo muy fuerte: «whisky» o coñac.

GABY.—¿Es que también bebe?

CATALINA.—A veces... (*Alto*) Te prepararé un «whisky» yo misma. Mientras, Gaby te hará compañía y puedes descansar un poco. (*Al salir, mirándole fascinada*) ¡Ay! Es un golfo.

*(Y sale. Quedan solos Gaby y Andrés. Él bosteza lo más correctamente que puede. Gaby le mira fijamente y se va acercando a él de puntillas por detrás del sofá)*

<sup>13</sup> *Círculo*: probablemente, el Círculo de Bellas Artes, en la calle de Alcalá. El edificio, del arquitecto Antonio Palacios (1919-1926), es uno de los más conocidos de Madrid.



GABY.—¡Andrés! ¿No se cansa usted de esta vida?

ANDRÉS.—¡Uf! No sabe usted cuánto... (*Dramáticamente*) Pero no puedo cambiar. ¡Es mi destino! (*Mirando en torno, encandilado*) ¡Ah, el hogar! ¡Qué maravilloso es esto! ¡Qué bonita es esta habitación! ¡Qué bien se debe de estar aquí por las noches, encerradito, sin salir de casa! (*Estremeciéndose*) En la calle hace un frío atroz... A mí me gustaría vivir de otro modo. Cenar temprano. No salir de noche. Pasar la velada con mi mujer oyendo discos de canciones alegres. Nada de música importante, nada de óperas. Y cuando, de pronto, a los dos nos viniera el sueño, dormir, dormir en paz hasta la mañana siguiente... ¡Sería tan feliz!

GABY.—Pero se aburriría usted mucho. Usted no es un hombre vulgar...

ANDRÉS.—(*Melancólico*) Tiene usted razón. No soy un hombre vulgar. Debe de ser difícilísimo... (*Transición. Casi lúgubre*) Cada uno tiene que vivir su vida. La mía es esta que llevo. Yo soy un perdido... Gaby, está usted hablando con un sinvergüenza.

GABY.—Ya, ya lo sé.

ANDRÉS.—Gaby... ¿Qué hacen ustedes cuando Jorge no va al periódico?

GABY.—¡Oh! ¡Pobres de nosotros! Nos quedamos en casa. Oímos la radio.

ANDRÉS.—(*Nostálgico*) Claro... Se quedan en casa. Oyen la radio. ¡Qué delicia!

GABY.—Jorge se pone una bata...

ANDRÉS.—¡Se pone una bata! (*Encantado*) ¡Qué idea! ¡Con lo cómodo que se debe de estar en bata!...

GABY.—Pero, ¿es que usted no tiene bata?

ANDRÉS.—Creo que sí, pero no me la he puesto desde que me casé. Como tengo que salir todas las noches...

GABY.—¡Una lástima! Jorge dice que el modelo de la verdadera felicidad es un hombre en bata...

ANDRÉS.—¡Oh! ¿De verdad? (*Corre a la puerta del fondo y llama*) Verá usted... ¡Cecilia! ¡Juana!

(*Aparecen las doncellas, cada una por una puerta*)

JUANA.—¡Señor!

CECILIA.—¿Ha llamado el señor?

ANDRÉS.—Sí. Traiga usted mi bata.

CECILIA.—¿Eh?

JUANA.—¿Cómo? ¿El señor ha pedido su bata?

ANDRÉS.—¡Sí! (*Enfurecido*) He pedido mi bata. ¿Lo oye usted? ¡Y mis zapatillas! ¡Yo quiero mis zapatillas!



CECILIA.—(*Mirándole, asombradísima*) Sí, sí, señor.

JUANA.—¿Es que se siente enfermo el señor?

ANDRÉS.—(*Un energúmeno*) ¡No!

CECILIA Y JUANA.—¡Ay! (*Y desaparecen, muy asustadas, las dos*).

GABY.—¡Andrés!

ANDRÉS.—Pero ¿es que todos se figuran que yo no tengo derecho a ser feliz?

(*Vuelve Cecilia con una magnífica bata*)

CECILIA.—¡Aquí tiene el señor su bata!

ANDRÉS.—(*Contentísimo*) ¡Oh, mi bata!

(*Entra Juana muy apurada*).

JUANA.—No encuentro las zapatillas, señor. Como el señor no las ha estrenado, quién sabe dónde estarán...

ANDRÉS.—(*Furioso*) ¡Búsquenlas ustedes! ¡Aprisa!

JUANA.—¡Ay, sí, señor!

CECILIA.—¡Enseguida! (*Y desaparecen las dos*).

ANDRÉS.—(*Con la prenda entre sus manos*) ¡Mi bata! ¿Le gusta a usted mi bata, Gaby?

GABY.—¡Oh! Es preciosa.

ANDRÉS.—¡Y pensar que no me la pongo desde hace tres meses! (*Se despoja vertiginosamente de la americana y se zambulle en la bata*) ¡Pero se acabó! ¿Eh? ¿Qué tal? Ya está... Y ahora, Gaby, ¿qué hace Jorge después de ponerse la bata?

GABY.—¡Se sienta en el sofá!

ANDRÉS.—(*Se sienta*) ¡Estupendo! ¿Así?

GABY.—(*Ríe, divertida*) No, no... Así, no. Jorge se sienta de una manera muy particular. En cuclillas, como los árabes. Me lo pone todo perdido, pero no importa...

ANDRÉS.—¡Ah! (*Pega un brinco y queda sentado en el sofá del modo que le ha indicado Gaby*) ¿Así?

GABY.—Así... (*Ríe*) Eso es, eso es.

ANDRÉS.—Tiene razón Jorge. ¡Esto es la felicidad! Y luego, ¿qué hacen ustedes?

GABY.—Luego, Jorge me cuenta otra vez sus aventuras de París. ¡Las mismas!

ANDRÉS.—¡Oh!

GABY.—Yo, de vez en cuando, le llamo chiquitín.

ANDRÉS.—¡Chiquitín! ¡Le llama chiquitín!

GABY.—Bueno. También le doy algún beso.

ANDRÉS.—(*Entusiasmándose*) ¡Le besa! Déme usted un beso, Gaby.

GABY.—¡No! (*Retrocede*) ¡Usted no es mi marido!

ANDRÉS.—Es verdad. No sé lo que digo. Usted le besa. ¿Y Jorge?

GABY.—Jorge se duerme...

ANDRÉS.—¡Se duerme! Lo creo... (*Cierra los ojos y se acomoda, sin variar de postura*) Así, yo también me dormiría. Es tan cómodo, tan sencillo dormir ahora. (*Bosteza dulcemente*) Gaby: Jorge está en lo cierto. La felicidad no es más que esto: un sofá, una bata y un beso de una mujercita como usted... (*Y calla*).

GABY.—Después, yo me pongo a leer. Y al fin, cuando Jorge ha echado un sueñecito, le despierto... Pero, ¡Andrés! ¡Si se ha dormido de verdad!...

(*Tímidamente asoman la cabeza Juana y Cecilia*)

JUANA.—¡Señor! Las zapatillas...

GABY.—¡Chiss!... Silencio...

CECILIA.—(*Bajísimo*) No encontramos las zapatillas.

GABY.—(*Con un dedo en los labios*) ¡Cállense! El señor se ha dormido...

JUANA.—¿Que se ha dormido?

CECILIA.—¿Es posible?

(*Las tres, muy juntas, miran a Andrés, dormido, inclinadas muy cerca de él*)

GABY.—¿Quién diría que este hombre ha pegado esta tarde a tres flamencos?

JUANA.—(*Admiradísima*) ¿A tres?...

CECILIA.—(*Fascinada*) ¿Oyes? ¡Es el colmo!

GABY.—Ya no me extraña que las mujeres se vuelvan locas por él. Es tan audaz...  
Acaba de pedirme que le diera un beso.

JUANA.—¿A la señora? ¡Qué espanto!

CECILIA.—(*Con franca resignación*) Cualquier día querrá que le besemos nosotras...

JUANA.—Eso estaba pensando yo...

(*Aparece Catalina. Lleva una pequeña bandejita con servicio de «whisky»*)

CATALINA.—Aquí está el «whisky».

*(Las otras tres se vuelven hacia ella reclamando silencio imperiosamente con un dedo en los labios)*

GABY.—¡Chiss!

JUANA.—¡Chiss!

CECILIA.—¡Chiss!

CATALINA.—¿Eh?

CECILIA.—Por favor, señora, que el señor se ha dormido.

CATALINA.—¡Que se ha dormido!

*(Se acerca al grupo, y las cuatro rodean a Andrés, que duerme beatíficamente)*

GABY.—Catalina, tenías razón. Un hombre como tu marido es un encanto.

CATALINA.—*(Halagadísima)* ¿Verdad que sí?

JUANA.—¡Ay, sí! Es tan golfo...

CECILIA.—Es un canalla...

GABY.—Es un monstruo...

*(Muy bajito y muy risueñas las tres)*

CATALINA.—Muchas gracias... ¿Qué voy a decir yo?

GABY.—¡Chiss! Tengo que irme. *(Un suspiro)* Ya no tardará en llegar el pobre Jorge...

CATALINA.—Te acompaño. *(Bajísimo)* ¡Hasta mañana!

GABY.—*(Igual)* Hasta mañana.

*(Catalina, Gaby y las dos muchachas salen por el fondo, sin dejar de mirar a Andrés, y de puntillas. El reloj da las cuatro campanadas de los cuartos y dos lentas y sonoras campanadas más. Andrés se sobresalta y despierta con los ecos del reloj. Se levanta y se sienta al lado de la mesa camilla. Sus manos tropiezan con el diario de Catalina. Lo abre con mucha curiosidad y se embebe en su lectura. Mientras, entra Catalina y se detiene un segundo en la puerta. La expresión de su rostro ha cambiado totalmente. Contempla a Andrés con una infinita displicencia. En silencio, se sienta en el sofá, enciende un cigarrillo y ojea una revista. Andrés, modosamente, la mira con mucho respeto)*

ANDRÉS.—Catalina, ¿no te parece que estamos mintiendo demasiado?

CATALINA.—Pchs... Lo justo.

ANDRÉS.—La pobre Gaby se lo ha creído todo...

CATALINA.—Mejor. Desde ahora creerá, como todos, que eres un hombre irresistible.

Luego se lo contará todo a Jorge y él lo divulgará por todo Madrid... La gente dirá de ti horrores. ¡Magnífico!

ANDRÉS.—(*Se estremece*) ¡Qué espanto!

CATALINA.—¡Te felicito!

ANDRÉS.—¡Gracias!

CATALINA.—Tú has estado muy bien. Todo lo que has dicho parecía verdad.

ANDRÉS.—¡Estoy tan acostumbrado! Pero yo creo, Catalina, que estás abusando un poco. Hay que ver qué cosas escribes en tu diario. ¡Y todo es mentira!

CATALINA.—¡Claro! Lo hago para que lo lean las criadas. Es muy conveniente.

ANDRÉS.—Pero, ¿se lo creen?

CATALINA.—(*Satisfechísima*) ¡Todo! Como que se están enamorando de ti las dos... ¡Figúrate!

ANDRÉS.—¡Caramba! ¿Estás segura?

CATALINA.—¡Segurísima! Un día reñirán y nos darán un disgusto, ya verás. Cecilia es muy celosa.

ANDRÉS.—¡Qué barbaridad!

*(Una pausa cortísima. Catalina, sin mirarle, fuma y ojea sus revistas. Él, muy apurado)*

¡Catalina! Me das miedo. No sé dónde vamos a parar... Yo te engañé para conquistarte: te hice creer que era otro hombre. Pero tú me superas. Tú mientes muchísimo más que yo...

CATALINA.—Ya sabes que todo es necesario. Yo no podía quedar en ridículo después de casarme contigo. Es imprescindible que ante los demás sigas pareciendo el hombre fabuloso que a mí me hiciste creer que eras... ¿Es que has olvidado nuestro compromiso?

ANDRÉS.—(*Melancólico*) No, no lo he olvidado. Fue en el hotelito de El Escorial. Allí, cuando yo esperaba que caerías en mis brazos, loca de amor, porque comprenderías cuánto hay que querer a una mujer para engañarla tanto como yo te engañé a ti... Allí mismo, a la hora del desayuno, establecimos nuestro compromiso. Para que nadie sospeche que te has casado con un infeliz -vamos, como quien dice, para salvar tu reputación- es necesario que todo el mundo esté convencido de que yo soy un auténtico hombre irresistible. Solo así cabe la esperanza de que un día llegues a enamorarte de

mí otra vez y nuestro matrimonio tenga al fin su noche de bodas. (*Suspira*)  
Y aquí me tienes, camino de ser un infame...

CATALINA.—Reconocerás que yo te ayudo todo lo que puedo...

ANDRÉS.—Muchísimo... ¿Qué sería de mí sin ti? No te basta con que yo pase las noches fuera de mi casa para aparentar que voy de juerga en juerga. Me dedicas las fotos de tus amigas que guardas en el álbum y las dejas en mi despacho para que las encuentren las muchachas. De la noche a la mañana te inventas que yo tengo amores con tu amiga Sofía Montero, lo escribes en tu diario y se lo cuentas a todo el mundo. Y, naturalmente, se entera el marido y esta mañana me quería matar a la puerta del Banco...

CATALINA.—¡Qué exagerados son algunos maridos! Vamos, hombre. Como si no fuera muy natural que Sofía fuese tu amante...

ANDRÉS.—¡Pero si no lo es más que en tu imaginación!

CATALINA.—No importa. Podría serlo. A Sofía le da igual un amante que otro. La conozco muy bien...

ANDRÉS.—(*Mohíno*) ¡Si supieras cuántas amarguras me cuesta todo esto! Esta mañana, cuando tuve que darle una bofetada a ese pobre señor, se me saltaron las lágrimas...

CATALINA.—Es increíble que un hombre de tus antecedentes sea tan sentimental.

ANDRÉS.—(*Con un escalofrío*) Pero si yo no tengo antecedentes... (*Transición*)  
¡Catalina, todo esto es peligrosísimo!

CATALINA.—No, hijo, no. Los hombres de tu fama tienen que superarse todos los días...

ANDRÉS.—¡Y dale! Mis antecedentes. ¡Mi fama! Nada, que tienes más fantasía que yo.

CATALINA.—Conviene que siempre te acusen con pruebas.

ANDRÉS.—¡¡Es fabuloso!! ¡Quiere pruebas! Se lo inventa todo y quiere hasta pruebas... (*Se derrumba en el sofá*) ¡Catalina! Esto es horrible... Acabará conmigo. Todo Madrid cree que yo soy un mujeriego, un juerguista, un desalmado. Me voy a morir de vergüenza, porque te aseguro que la gente se lo ha creído de verdad.

CATALINA.—¡Magnífico! ¿Y no estás contento?

ANDRÉS.—(*Dolorosamente*) Tú no sabes lo popular que me estoy haciendo. Figúrate: ayer entré en un salón de té y hasta me pidieron autógrafos...

CATALINA.—(*Palmorea muy contenta*) ¡Ay! ¿De veras?

ANDRÉS.—Sí, Catalina... Resulta que les gusto. Paquita Cantares duerme con mi retrato en la cabecera de la cama...

CATALINA.—(*Contentísima*) ¿De veras? ¡Ay, dime, dime!

ANDRÉS.—(*Secándose el sudor, consternado*) ¡Que le gusto! ¡Que sueña conmigo en voz alta! ¡Que quiere dejar a su novio y el folclore! Me lo han dicho los flamencos.

CATALINA.—¡Andrés! ¡Qué éxito! ¡Una mujer como la Cantares! ¿No estás contento?

ANDRÉS.—(*Casi macabro*) ¡Contentísimo!

CATALINA.—(*Feliz*) ¡Dios mío! Todo esto parece tan de verdad, que a veces yo también me lo creo.

ANDRÉS.—(*Atónito*) ¿Es posible?

CATALINA.—Sí... Cuando me quedo aquí sola, en estas veladas, y abro mi diario y empiezo a escribir tus aventuras, esas aventuras tuyas que yo me invento, lo hago con tanta fe, con tantísima ilusión, que yo misma me lo llego a creer. Y paso unos ratos muy buenos. Cierro los ojos, y con la imaginación veo cómo se te disputan todas tus amantes.

ANDRÉS.—¡Mis amantes!

CATALINA.—Algunas me son simpatiquísimas... Paquita Cantares debe ser encantadora.

ANDRÉS.—¿Tú crees?

CATALINA.—Lo que no me gusta nada es lo de «la Madelón»... Estas francesas son de cuidado. Estoy decidida a que esto se termine. Esa mujer no te conviene...

ANDRÉS.—(*Con las manos en la cabeza*) ¡Catalina! ¡Que me lo voy a creer yo también!

CATALINA.—(*Enérgica*) ¡He dicho que no te conviene! (*Sonríe encantada de sus propios pensamientos*) Claro que ahora, para que tu carrera resulte perfecta, nos convendría un golpe sensacional.

ANDRÉS.—(*Estremeciéndose*) ¡Catalina! ¿Qué pretendes?

CATALINA.—Sí, sí... Por ejemplo: un duelo.

ANDRÉS.—(*Un salto*) ¡¡Demonio!! ¡¡Eso no!!

CATALINA.—Sí, sí... ¿Por qué no desafías a un marido?

ANDRÉS.—¡De ninguna manera! ¡Un duelo, no! ¡¡Jamás!!

CATALINA.—(*Indignada*) O mejor todavía. ¡Un rapto!

ANDRÉS.—¡¡¿Qué?!! ¿Qué dices?

CATALINA.—(*Entusiasmada*) ¡Sí! Un rapto sería lo definitivo... ¿Por qué no raptas a cualquier muchacha?

ANDRÉS.—¡Catalina!

CATALINA.—Yo creo que con las chicas de ahora no te sería muy difícil...

ANDRÉS.—¡No! Un duelo, no. Un rapto, tampoco. ¡No, no, no! ¡Nunca! Un rapto, no... ¡Caramba! ¡Que yo soy un infeliz! ¡Un pobre hombre!

CATALINA.—(*Como herida por un rayo*) ¡Calla! No me lo recuerdes.

ANDRÉS.—¡¡Catalina!!

CATALINA.—¡Déjame soñar! Cuando te veo tal como eres, me horrorizo...

ANDRÉS.—(*Con dignidad*) Mujer... No es para tanto.

CATALINA.—Déjame seguir soñando. Déjame verte siempre a través de mi imaginación: como yo te siento, como yo te veo, como tú me hiciste creer que eras... Déjame, Andrés. (*Irritada*) Pero, ¿es que no comprendes mi tragedia?

ANDRÉS.—¡¡Catalina!!

CATALINA.—A las otras las vuelve locas tu fama, tu leyenda, lo que se dice de ti... Por eso las encantas. Pero a mí no. A mí no me engañas porque yo estoy en el secreto. ¡Yo sé que todo es mentira! Andrés, lo más espantoso de todo es que a la única mujer que no puedes seducir es a mí...

ANDRÉS.—¡Catalina! (*Con un doloroso desconsuelo*) ¿Qué has dicho? ¿Quieres decir que no vas a quererme nunca? ¿Es eso, Catalina? (*Un silencio*).

CATALINA.—No lo sé...

ANDRÉS.—¡Oh! Entonces, ¿qué estoy haciendo yo? Entonces, todo es inútil. Entonces, aunque todo Madrid crea que soy el mayor sinvergüenza del mundo, no basta. Aunque las mujeres me acosen, qué importa. Porque para ti no tengo ningún atractivo. Tienes razón, Catalina. Tú estás en el secreto... Tú sabes que soy un infeliz.

CATALINA.—Eso es... Un pobre hombre. ¡Nada!

ANDRÉS.—¡Cállate! (*Transición. Apretando los puños con infinito coraje*).

CATALINA.—(*Sobrecogida*) ¡Andrés!

ANDRÉS.—¡Cállate! Sí, es cierto. Soy un pobre hombre que no puede amar a otra mujer que no seas tú. Un pobre hombre obstinado en creer que es nada menos que un sueño una muñeca frívola y terca como eres tú.

CATALINA.—¡Andrés!

CATALINA.—Sí, soy ese pobre hombre... Ese desdichado. Pero se acabó. (*Un puñetazo en la mesa*) ¿Lo oyes? ¡Se ha terminado para siempre!

CATALINA.—(*Retrocediendo*) ¡Andrés!

ANDRÉS.—¡¡No puedo más!! Me niego a seguir siendo un muñeco al capricho de tu imaginación...

CATALINA.—¿Qué voces son estas?

ANDRÉS.—¡Se acabó! No puedo seguir esta vida. Estoy rendido. Me duermo en cualquier parte. Como no puedo estar en mi casa a las horas en que está un hombre decente, porque estaría mal visto... Mi vida en estos tres meses ha sido un martirio. Por las mañanas aún lo soportaba, porque me metía en el Museo del Prado, y como allí no entran más que los de provincias... Por



las tardes iba al Retiro. Y era peor. Pensaba qué felicidad sería llevarte a ti, cogida de la cintura, entre los árboles o embarcarnos en el estanque, que es tan divertido. Pero las noches... ¡Oh, las noches! Tú no sabes lo que es una noche entera dando vueltas a la Plaza de la Independencia,<sup>14</sup> muerto de frío, pensando en esta casita nuestra, tan bonita, tan caliente, tan cómoda. Ya me explico la decencia de algunos hombres que no salen de noche. Es que son unos egoístas. Resulta que ser decente es más comfortable; lo difícil es ser un libertino a la intemperie. Y todo por ti, que eres precisamente la única mujer del mundo que no puede enamorarse de mí porque está en el secreto. ¡Oh!

CATALINA.—Calla, calla... Yo, mientras, aquí sola, soñaba. ¡Soñaba que mi marido era el hombre más fascinante del mundo! ¡Que me lo envidaban todas las mujeres! ¡Que tú eras el héroe! ¡Mi héroe!

ANDRÉS.—(Con las manos en la cabeza) ¡Yo un héroe! ¡Es el colmo!

CATALINA.—(Amargamente) Sí, tú. Pero tú eres incapaz de comprender este sueño mío; no lo comprenderás jamás. Nunca sabrás qué ansia de amarte hay en este afán de soñar...

ANDRÉS.—(Da un paso airado) ¡No es verdad!

CATALINA.—¿Andrés!

ANDRÉS.—No es amor... ¡No, no, no! No rechazas a este pobre hombre porque quieras demasiado al otro, al que yo te hice creer que era, sino porque en ti hay algo más fuerte que el amor: tu amor por ti misma... ¡Tu amor propio de mujer! ¡Tu vanidad! ¿Lo entiendes?

CATALINA.—¡Andrés!

ANDRÉS.—¡Y pensar que un día yo pude creer que tú eras María Luisa! ¡Mi María Luisa, la amada que veía en sueños cuando soñaba con el amor!... ¿Tú, María Luisa?

CATALINA.—¡Andrés, Andrés! ¡No grites!

ANDRÉS.—¡Qué niño fui! María Luisa es un ser excepcional; es el ideal, no una criatura vanidosa y loca como tú...

CATALINA.—¡Andrés! ¿Qué significa esto?

ANDRÉS.—¡Esto significa que se acabó nuestro compromiso, que estoy harto de fingir, que me canso de ser un perdido! ¡Que tengo sueño! ¿Lo oyes? ¡Que me rebelo! (Pega un manotazo al vaso de «whisky» que está sobre la mesa) ¡Que me da náuseas el «whisky»! ¡Que lo que a mí me gusta a estas horas es un vasito de leche bien caliente! ¡Y con bizcochos!

CATALINA.—(Consternada) ¡Con bizcochos! ¡Dios mío!

<sup>14</sup> Plaza de la Independencia: uno de los lugares más simbólicos de Madrid por albergar la Puerta de Alcalá. Se encuentra a un lado del barrio de Salamanca, donde sin duda residen los protagonistas.



ANDRÉS.—¡Sí! ¡Con bizcochos! ¡Y significa que me marchó!

CATALINA.—¿Eh? ¿Que te vas? ¿Adónde?

ANDRÉS.—¡A Burgos!

CATALINA.—¡Oh!

ANDRÉS.—¡A Burgos, a mi casa: a mi soledad! (*Con infinita amargura*) A pasar otra vez las veladas solo, con mis libros; a pasear por la Alameda, a renunciar a un sueño... ¡A olvidarte! ¡Y a acostarme a las diez, Catalina!

CATALINA.—¿Esto es en serio, Andrés?

ANDRÉS.—Sí, Catalina. Me voy. Allí estaré siempre. (*Emocionado*) Si algún día quieres venir... (*Se despoja lentamente de su bata y vuelve a vestir la americana*) Te espero. Pero sin mentiras. En Burgos, tal como soy. Yo, mientras, para no morirme de pena y de angustia, seguiré soñando con esa felicidad que no he conseguido... Sí, Catalina. La felicidad no es como tú crees; la felicidad no está en estas locuras; la felicidad se encuentra en lo sencillo, en lo vulgar. La felicidad es un sofá, una bata y una mujercita... Eso, solo eso. Adiós, Catalina. A la gente puedes decirle cualquier cosa. Por ejemplo: que me escapo con una princesa. Para estos casos nunca falta una princesa. (*Ella vuelve la cabeza*) Me voy ahora mismo. No necesito equipaje. (*Sonríe con una lágrima y mira el reloj*) Recogeré mi coche del garaje. Son las dos. Dormiré en El Escorial... Precisamente en aquel hotelito donde fuimos hace tres meses, en una noche como esta, a pasar nuestra noche de bodas... Estaré solo otra vez, como aquella noche. Pero no me importa. Con los ojos cerrados quizá sueñe que cerca de mí hay una mujercita muy orgullosa de ser la primera mujer que tengo entre los brazos... Adiós, Catalina. (*Sale*).

CATALINA.—¡Andrés, Andrés, Andrés! (*Cae en el sofá*) ¡Oh!

(*Pausa corta. Entra Cecilia muy apresurada*)

CECILIA.—¡Señora!

CATALINA.—¡Déjeme en paz!

CECILIA.—¡Que se va el señor!

CATALINA.—(*Furiosa*) ¡Que se vaya!

CECILIA.—¡Que se ha despedido de nosotras para siempre!

(*Entra Juana corriendo y coloradísima*)

JUANA.—¡Señora!! ¡Que el señor se va para no volver... ¡Ay, Dios mío!...

CECILIA.—¡La señora debe impedirlo!

JUANA.—¡Deténgale! ¡Todavía hay tiempo!

CECILIA.—¡Se está poniendo el gabán! ¡Hágale volver!  
 JUANA.—¡Señora! (*Indignada*) ¡Que perdemos al señor!

(*Un portazo dentro*)

CATALINA.—¡Oh!  
 CECILIA.—¡Ay!  
 JUANA.—¡Se fue!

(*Entra Gaby por el fondo*)

GABY.—¡Catalina!  
 CATALINA.—¡Gaby!  
 GABY.—Os oí discutir y salí al rellano de la escalera y vi a Andrés que salía... Dice que se va a Burgos para toda la vida. ¿Es cierto?  
 CATALINA.—¡Sí!  
 GABY.—¿Solo?  
 CATALINA.—¡No! Se lleva a una princesa que ha conocido esta tarde...  
 TODAS.—¡Oh!  
 GABY.—(*Risueña*) ¡Qué fresco! ¡Y acaba de jurarme que es un hombre decente!...  
 (*Transición*) ¡Ah! Pues no. Eso sí que no. Que no, que no, que no...Una princesa, no. ¡Ahora que me estaba yo haciendo ilusiones!  
 CATALINA.—¿Cómo?

(*Gaby, Cecilia y Juana, alteradísimas y con mucho sofoco, pasean de un lado a otro sin dejar de hablar*)

GABY.—Entiéndeme... Como Jorge trabaja de noche, yo había decidido pasar todas las veladas con vosotros. Sería delicioso. Pondríamos discos. Andrés y yo bailaríamos...  
 CECILIA.—(*Emocionadísima*) Señora, si el señor no vuelve, una servidora se despide...  
 CATALINA.—¿Eh?  
 CECILIA.—Sí, señora (*Llorosa*) ¿Qué va a hacer una aquí sin el señor, que es la alegría de la casa?  
 JUANA.—¡Ay! ¡Yo también me marchó!  
 CATALINA.—¿Eh?  
 CECILIA.—¡Ah! ¿Con que tú también?  
 JUANA.—¡Naturalmente! ¿Es que yo no tengo derecho? ¿Qué te has creído?

CECILIA.—Oye, tú...

GABY.—¡Ay, no, no, no! La princesa, no... ¡La princesa, no!

*(Gaby, Cecilia y Juana no cesan en sus paseos ni dejan un instante de lanzar sus exclamaciones de protesta las tres a un tiempo. Un escándalo. Catalina, en el centro, quieta, las contempla con los ojos muy abiertos)*

CATALINA.—Pues, señor, yo sabía que las gustaba... ¡Pero no tanto!

TELÓN

## ACTO TERCERO

**B**urgos. Una sala en la vieja casa de Andrés, en lo más señorial de la ciudad. Un alto balcón. Una chimenea. Óleos con marco dorado. Sillería isabelina. Una cajita de música sobre una mesa camilla. Un misterioso y sutil polvo de años en los muebles, en los cortinajes, en las puertas, en los graves rostros retratados al óleo. Un recién llegado a este ambiente creería sencillamente que regresa al año 1870. Todo ha quedado como entonces: inmóvil e impune al paso del tiempo.

*(En escena, Felisa, una viejísima ama de llaves, con largas y amplias ropas negras, cabellos muy blancos y gafas, cose junto a la chimenea encendida. Es casi la hora del atardecer. A poco entra Tomás, criado muy anciano, también de negro. Trae en la mano el correo. Felisa alza hacia él sus ojos)*

FELISA.—¿Quién?

TOMÁS.—El cartero... Cinco cartas y un telegrama.

FELISA.—¡Cinco cartas! ¡Qué vergüenza! A esta casa nunca ha llegado más que una carta al mes. La del señor tutor, cuando el señorito era menor de edad. ¡Cinco cartas! ¿Qué dirán en Correos?

TOMÁS.—Ya me ha preguntado el cartero, ya. Están muy intrigados. ¡Como en todos los sobres hay letra de mujer!

FELISA.—¿También hoy?

TOMÁS.—*(Con enorme pesar)* Sí, Felisa. En los tres días que lleva el señorito en Burgos ha recibido diecinueve cartas. Todas son de mujeres que ni siquiera conoce...

FELISA.—¿Todas?

TOMÁS.—¡Todas!

FELISA.—¿Las has leído tú, Tomás?

TOMÁS.—*(Ruborizado)* Sí, Felisa.

FELISA.—¿Y qué dicen?

TOMÁS.—Que vuelva.

FELISA.—¡Qué frescura!

TOMÁS.—Que vuelva a Madrid... Por lo visto, están desesperadas. Las hay que se quieren matar.

FELISA.—¡Jesús, Jesús! (*Se santigua*).

TOMÁS.—Una de ellas le llama «Pajarito mío».

FELISA.—¡Pajarito! ¡Qué indecencia!

TOMÁS.—Anda, pues si supieras otras cosas que le dicen... No te las puedo contar, Felisa, porque tú eres soltera.

FELISA.—¡Calla, calla! No me digas nada. No quiero saber lo que dicen. Esas mujeres de Madrid están condenadas. ¡Todas!! ¡Y el señorito, también! Cuando pienso que antes de irse a Madrid era un ángel de Dios. Pero de pronto se va un día a Madrid y empieza a hacer fechorías. Se casa y sigue hecho un pillo. Y ahora abandona a su mujer y se viene tan tranquilo a Burgos...

TOMÁS.—¡La pobre señora!

FELISA.—Una mártir. No la conozco. Pero me da una lástima...

TOMÁS.—¡Quién iba a creer que el señorito!...

FELISA.—¡Mi pobrecito Andrés! Si no hubiera salido de Burgos... La culpa de todo la tiene Madrid. ¡Oh, aquellas mujeres!...

TOMÁS.—Ya ves tú. Cuando yo estuve allí, de muchacho, me decían que nosotros estábamos anticuados...

FELISA.—(*Indignada*) ¡Anticuados en esta casa, y hemos puesto la radio hace dos años!

TOMÁS.—(*Que mira por entre las cortinas*) ¡Chiss! Habla más bajo, que te va a oír el señorito.

FELISA.—¿Qué hace?

TOMÁS.—Lee. Así está desde que llegó: sin moverse del sillón de la biblioteca, menos el ratito que se va a la Alameda. Venga a leer un libro y otro. De cuando en cuando se queda adormilado y habla solo.

FELISA.—¿Qué dice?

TOMÁS.—¡María Luisa! Nada más.

FELISA.—Menuda lagarta esa María Luisa...

TOMÁS.—(*Vuelve muy compungido al lado de la anciana y se sienta a su lado*) Felisa, yo estoy muy asustado... Aquí, en Burgos, todo el mundo conoce las historias del señorito. Como don Fabián, el hijo del Presidente de la Audiencia, va todas las semanas a Madrid, y allí se trata con gente muy importante, pues sabe todas las hazañas del señorito. ¡Y qué hazañas, Felisa! Hasta mujeres casadas y todo, no te digo más.

FELISA.—¡Virgen Santa!

TOMÁS.—Se han corrido las voces que es un gusto. Yo no te lo quería decir, pero paso unas vergüenzas... La gente empieza a retirarme el saludo.

FELISA.—¿A ti?

TOMÁS.—Como te lo digo. Ya sabes que en Burgos son muy mirados...

FELISA.—¡Ay, Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros?

TOMÁS.—No lo sé, Felisa. Esta tarde no ha ido nadie a la Alameda. Como el señorito Andrés va todas las tardes...

FELISA.—¡¡Oh!!

TOMÁS.—Las madres no quieren que sus hijas se crucen en la calle con el señorito...

FELISA.—¡Claro! Como que esto no es Madrid. En Burgos la gente es muy decente...

TOMÁS.—Quia. No es por eso. Es que las muchachas están locas por el señorito...

FELISA.—¿Como las de Madrid?

TOMÁS.—¡Igual!

FELISA.—¡Qué horror!

TOMÁS.—Yo creo que las mira... y ya está.

FELISA.—*(Se santigua)* ¡Tiene el demonio dentro!

TOMÁS.—*(Emocionadísimo)* Felisa, se me parte el alma, pero tengo que reconocer que el señorito Andrés es un barbián...

FELISA.—¡Un sinvergüenza! ¡El mismísimo demonio! *(Casi llorando)* ¡Qué castigo para nuestra vejez! Después de servir durante cincuenta años en una familia donde todos han sido caballeros y grandes señores, ahora, a nuestros años, el último descendiente, el huérfano, que parecía un bendito, vuelve a casa, ¡a esta casa, Tomás!, convertido en un golfo rematado. ¡Con la decencia que siempre hubo entre estas paredes! ¡Si los muertos levantaran la cabeza! *(Transición)* ¿Y dices que te han retirado el saludo?

TOMÁS.—*(Compungido)* Sí, Felisa.

FELISA.—Entonces, ¿qué dirán de mí? ¡Porque yo soy soltera!

TOMÁS.—*(Preocupadísimo)* ¡Figúrate! Es lo primero que he pensado yo...

*(Se oye la campana de una iglesia. Tomás y Felisa, súbitamente, se incorporan y rezan a dúo).*

FELISA.—¡El Ángelus! ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!...

TOMÁS.—En el nombre del Padre...

LOS DOS.—El Ángel del Señor anunció a María...

*(Murmuran su oración durante una pausa. Mientras, aparece Andrés. Viste con desaliño y lleva una gruesa bufanda al cuello. Se detiene en la puerta y contempla tiernamente a los viejos.*

*Felisa y Tomás, al otro lado, le observan con un recelo casi supersticioso)*

TOMÁS.—¡¡ÉL!!

FELISA.—(*Persignándose otra vez*) ¡El demonio! (*Rezan con ahínco*) «He aquí la Esclava del Señor, hágase en mí...» (*Siguen rezando los dos*).

ANDRÉS.—(*Conmovido*) ¡Oh!

FELISA.—¡Amén!

TOMÁS.—¡Amén! (*Se vuelven a sentar los dos muy juntitos*).

ANDRÉS.—(*Encantado*) ¡El toque de Ángelus! (*Un reloj da, a lo lejos, seis campanadas*) ¡El reloj de la catedral! ¡Estas calles en silencio! Este anochecer tranquilo... ¡Burgos! Esto es la paz, esto es vivir.

FELISA.—(*Bajo, a Tomás*) ¡Huy, qué hipócrita es!...

ANDRÉS.—A esta hora, en Madrid, empiezan a encender los anuncios luminosos. Las gentes van deprisa y hablan a voces; se empujan unos a otros. Las muchachas salen a pasear a la Gran Vía. Pasa una hora, dos horas, tres horas. Las chicas continúan paseando. Parece que las sigue un grupo de muchachos; pero, quia, son ellas las que siguen a los muchachos. ¡Si lo sabré yo, que a veces he tenido que escapar corriendo hasta la plaza de España!

TOMÁS.—(*Casi con admiración*) ¿Es posible, señorito?

ANDRÉS.—Sí, Tomás, sí. Como soy tan célebre...

FELISA.—(*Se santigua*) ¡Satanás!

ANDRÉS.—(*Con una dulce ternura en la evocación*) Dentro de unos minutos mi mujer empezará a vestirse para salir a tomar el aperitivo. Cierro los ojos y puedo verla... ¡Qué bonita está! El sombrero negro, el abrigo de pieles. (*Suspira*) Mientras se toma un «martini» seco, les contará a sus amigas mi fuga con la princesa...

TOMÁS.—(*Bajo*) ¡Cristo! ¡Se ha escapado con una princesa!

FELISA.—¿Qué habrá hecho ella?

TOMÁS.—(*Temblando*) ¡Cualquiera sabe! Como no tiene escrúpulos...

FELISA.—¡Satanás! ¡Satanás! ¡Dios nos salve!

ANDRÉS.—(*Allá, en el balcón, en su mundo*) Si ella hubiera querido, qué felices hubiésemos sido aquí los dos...

FELISA.—¿De quién habla?

TOMÁS.—¡Toma! ¡De Su Alteza!

ANDRÉS.—Hoy hace tres meses de aquella tarde. ¡Quince de octubre! Fue a esta misma hora. La iglesia de San Ginés rebosaba de gente. El órgano, las flores, ella a mi lado, maravillosa... ¡Oh!



*(Esconde, emocionado, la cara entre las manos. Una pausa)*

FELISA.—¿Qué hace?

TOMÁS.—Me parece que le remuerde la conciencia...

FELISA.—*(Soberana)* ¡Castigo de Dios!

*(Andrés, en una transición, se incorpora y se limpia nuevamente los ojos. Se separa del balcón y viene a primer término con los criados)*

ANDRÉS.—¡Ea! Todo acabó. Yo estoy en Burgos otra vez. ¡Si supierais cuánto me he acordado de esta casa! Y de vosotros, tan buenos para mí, tan abnegados... ¡Mis pobres viejos!

*(En un doble abrazo rodea los hombros de los dos ancianos, que se estremecen)*

TOMÁS.—¡Oh!

FELISA.—¡Huyyy!

ANDRÉS.—Reanudaremos nuestra vida de antes, todas nuestras antiguas costumbres. A propósito, Felisa; me gustaría que me prepararas en el comedor un vasito de leche bien caliente con muchos bizcochos. Desde que salí no he vuelto a tomar leche con bizcochos. En Madrid no está bien visto...

FELISA.—*(Le mira de reojo. Por última vez, desde la puerta)* ¡Leche con bizcochos! ¡Hipócrita! ¡Hipócrita! *(Y sale)*.

ANDRÉS.—*(Se sienta junto a la mesa camilla)* ¡Ajajá! A las seis, la merienda; a las nueve, la cena. Así hoy y mañana y toda la vida. Lo demás ha sido una pesadilla. *(Mira en torno y sonrío)* Todo está igual. ¡Hasta nuestra cajita de música! *(Levanta la tapa de la cajita de música y se oye una melodiosa y suave musiquilla)* ¿Oyes, Tomás?

*(Pero, mientras, Tomás ha cerrado precipitadamente las puertas, ha corrido las cortinas y ahora se vuelve hacia Andrés con aspecto de verdadera alarma)*

TOMÁS.—¡Señorito!

ANDRÉS.—¡Tomás! ¿Qué cara es esa? Parece que sucede algo grave...

TOMÁS.—Sí, señorito. Gravísimo.

ANDRÉS.—¿Qué dices? *(Cierra la caja de música)*.

TOMÁS.—¡Chiss! Delante de Felisa no podía hablar, porque como es soltera, y es tan decente, y no ha salido de Burgos, se asusta enseguida... Yo soy otra cosa. Yo soy más moderno.

ANDRÉS.—Pero, ¿quieres hablar?

TOMÁS.—¡Chiss! Lo primero que ha de saber el señorito es que han telefoneado del Gobierno Civil...

ANDRÉS.—¿Eh? ¿Has dicho del Gobierno Civil?

TOMÁS.—Sí señorito. El secretario del gobernador me ha dicho que su excelencia el gobernador ruega al señorito que guarde compostura mientras esté en Burgos...

ANDRÉS.—¿¡Cómo!?

TOMÁS.—Sí, señorito. Eso ha dicho. Que Burgos es una ciudad muy formal y que el gobernador no quiere conflictos...

ANDRÉS.—¿Qué dices? (*Aterrado*) ¿El gobernador?

TOMÁS.—(*Suspira*) Hasta el gobernador, sí, señorito.

ANDRÉS.—¡Qué horror! Entonces es que les han contado...

TOMÁS.—¡Todo!

ANDRÉS.—¡Y se lo han creído!

TOMÁS.—Sí, señorito. En Burgos se saben las andanzas del señorito al dedillo...

ANDRÉS.—¡¡Mis andanzas!! ¡Ah, no! Esto, no. Yo hablaré. ¡Diré toda la verdad! ¡Diré que todo es mentira!

TOMÁS.—(*Comprensivo*) ¡Claro! ¡Qué va a decir el señorito!

ANDRÉS.—¡Tomás! Bueno. ¡Esto es la locura! ¡Adiós paz y tranquilidad de Burgos! ¡Adiós soledad! Estoy perdido. Se enamorarán de mí todas las mujeres, como si lo viera.

TOMÁS.—(*Taciturno*) Ya han empezado.

ANDRÉS.—¡Tendré que huir! ¡Tendré que escapar de aquí!

TOMÁS.—Yo creo que sí, señorito. Porque lo de menos es que el señorito esté desacreditado, eso ya no tiene remedio...

ANDRÉS.—(*Furioso*) ¡Que no tiene remedio! ¡Idiota!

TOMÁS.—No, señorito. Lo peor es...

ANDRÉS.—¡Oh! Pero, ¿hay más? ¡Habla!

TOMÁS.—¡Chiss! (*Misterioso*) A mediodía ha llegado a Burgos una señorita de Madrid que ha preguntado por el señorito...

ANDRÉS.—(*Estupefacto*) ¿Una mujer? ¿Quién es esa mujer?

TOMÁS.—(*Muy moral*) De Madrid. Calcule el señorito. Está en el Gran Hotel. El conserje del Gran Hotel es primo mío y me ha llamado enseguida, muy asustado. Porque la señora parece de las decididas. Lo primero que hizo al

llegar fue pedir una conferencia con Madrid. Y el conserje le oyó decir por teléfono que el señorito es el hombre de su vida...

ANDRÉS.—(*Un respingo*) ¡Yo! ¡Un cuerno!

TOMÁS.—Y después dio orden de que le manden los vestidos de primavera.

ANDRÉS.—¿Eh? Pero ¡si estamos en enero!

TOMÁS.—Sí, señor. Pero, al parecer, la señora ha venido para quedarse...

ANDRÉS.—¡No! ¡Quedarse, no!

TOMÁS.—¡Digo! Y me temo que debe de estar al llegar...

ANDRÉS.—No, no, no... Eso, no. Tomás. ¡Aquí, no!

TOMÁS.—(*Dramáticamente*) ¿Qué dirá el gobernador?

ANDRÉS.—¡Ah, no, no! ¡Nunca! ¡Jamás! Me escapo. Me marcho ahora mismo. Soy capaz de irme a América. ¡O a la India! (*Transición*) Pero, ¿quién es esa mujer? ¿Qué señas tiene?

TOMÁS.—No la conoce nadie... Digo yo si será alguna de esas señoras que le escriben al señorito. Como son tan desahogadas...

ANDRÉS.—¿Dónde está el correo de hoy?

TOMÁS.—¡Aquí!

ANDRÉS.—¡Pronto! No perdamos tiempo. ¡Abre esas cartas! Necesitamos saber quién es esa mujer.

TOMÁS.—¡Sí, sí, señorito!

*(Cada uno a un lado de la mesita, abren apresuradamente las cartas que trajo Tomás. Los dos están nerviosísimos y rasgan los sobres temblorosos)*

ANDRÉS.—(*Leyendo*) Hum... Consuelo. ¡No es esta!

TOMÁS.—Una que pide un retrato al señorito. Se llama Angelita... Tampoco.

ANDRÉS.—Una señorita de diecisiete años... Quiere que la escriba una carta de amor para presumir con sus amigas. ¡Qué barbaridad! Y me manda su fotografía... Y tiene cara de inocente. Bueno; esto es increíble.

TOMÁS.—(*Lee aterrado*) ¡Señorito! ¿Qué es «La taberna del Diablo Rojo»?

ANDRÉS.—Un cabaret.

TOMÁS.—(*Trágico. Con la carta abierta en la mano*) ¡La animadora va a entrar en un convento y el señorito es el responsable! (*Estremecidísimo*) ¡Pobrecilla! La verdad es que el señorito no tiene perdón de Dios.

ANDRÉS.—(*Que ha rasgado y leído el telegrama*) Calla. Aquí está.

TOMÁS.—¡Señorito!

ANDRÉS.—(*Lee con un temblor en la voz*) «Voy a tu lado. Punto. Yo soy tu sueño. Punto. Yo soy María Luisa...» (*Se sienta desmayado*) ¡¡Oh!! ¡María Luisa!

TOMÁS.—¡María Luisa!

ANDRÉS.—¿Quién es esta mujer? ¿Cómo sabe?...

*(La campanilla de la puerta de entrada repica alegremente. Andrés y Tomás se estremecen. Se quedan casi sin voz. Se miran asustadísimos)*

ANDRÉS.—¡Tomás! ¿Oyes?

TOMÁS.—¡Sí, señorito! *(Balbuciente)* Han... Han llamado.

*(Silencio. Los dos giran la cabeza y clavan los ojos con verdadera angustia en la puerta de entrada. Una mano levanta el cortinón y aparece Felisa. Sin moverse de allí, llama a Tomás con la mano)*

FELISA.—¡Chiss! Tomás...

*(Tomás acude. Felisa se santigua, y luego habla secretamente al oído del criado)*

ANDRÉS.—*(Casi no se le oye)* ¿Qué?

TOMÁS.—Es ella...

ANDRÉS.—¡Ella!

TOMÁS.—Ella, sí, señor...

UNA VOZ DE MUJER.—*(Dentro)* ¿Dónde está mi «boy»?

ANDRÉS.—¡Oh!

FELISA.—¡Oh!

TOMÁS.—¡Oh!

*(Una mujer aparece en la puerta de la entrada. Es joven y bien vestida. Mundana y desenvuelta. Una sonrisa radiante y a veces un brillo de picardía en los ojos. Andrés, Felisa y Tomás la miran atónitos. Los criados se quedan en un rincón, cerca de la puerta de salida. Intrigadísimos)*

DESCONOCIDA.—*(Tierna)* ¡Oh, mi «boy»! Mi querido Andrés. ¡A mis brazos!

*(Y va decididamente hacia Andrés con los brazos abiertos. Él, de un salto, retrocede)*

ANDRÉS.—¡No!

DESCONOCIDA.—¡Andrés de mi alma! Al fin, a tu lado. Para siempre...

ANDRÉS.—Un momento, señora. Más despacio. ¿Quién es usted?

DESCONOCIDA.—(*Riendo*) ¡Oh! Pero, ¿es que no sabes? ¿Es que no te envié un telegrama? ¡Qué chiquillo eres! Yo soy María Luisa...

ANDRÉS.—(*Asustadísimo*) Vamos, señora. Usted se confunde...

DESCONOCIDA.—¡Oh! Si lo sabré yo... Y tú eres Andrés. Y esta es tu casa. ¡Tu casa! (*Mira muy divertida de un lado a otro*) Es curioso. Todo es igual, igual que yo me lo imaginaba. Una casa muy seria, muy seria. ¡Terriblemente seria!

FELISA.—(*Bajísimo*) ¡Anda! ¡Pero si esta habitación es muy alegre!

TOMÁS.—Eso creo yo.

ANDRÉS.—¡Señora! ¿Quién es usted?

DESCONOCIDA.—(*Recorre con los ojos las paredes de la sala*) Todo tiene un carácter imponente. Pero, pobrecito mío, qué días tan tristes has debido pasar aquí, solo. Si yo hubiera sabido que me necesitabas tanto, hubiese venido muchísimo antes...

ANDRÉS.—No, no... Señora, está usted equivocada. ¡Le aseguro que se confunde!

DESCONOCIDA.—(*Ante los retratos*) Tus antepasados... No sé por qué, pero en estas casas siempre tenéis antepasados. Es una manía... Mira: el viejecillo ese del bigote es muy gracioso...

TOMÁS.—¿Oyes?

FELISA.—(*Consternada*) ¡Le hace gracia el almirante!

DESCONOCIDA.—Todo está muy bien, pero tendremos que hacer algunas reformas. Sí, sí. En este rincón pondremos un bar americano...

ANDRÉS.—(*Atónito*) ¡Un bar americano!

FELISA.—¡Qué poca vergüenza!

DESCONOCIDA.—¡Y aquí una gramola!

FELISA.—¡Oh!

DESCONOCIDA.—En fin, habrá tiempo para todo, porque, afortunadamente para ti, voy a estar a tu lado toda la vida...

ANDRÉS.—¡No! (*Desfalleciendo*) ¡Toda la vida, no! Eso, no.

DESCONOCIDA.—Lo he decidido ya. ¡Contigo hasta la muerte!

ANDRÉS.—(*Se limpia el sudor*) Bueno. Esto es el colmo. Yo no puedo más. Yo me vuelvo loco.

TOMÁS.—(*Embobado*) ¿Qué las dará?

(*Tomás y Felisa se miran consternados*)

DESCONOCIDA.—Supongo que habrás mandado preparar mi habitación. Me gustaría que tuviese sol por las mañanas... Y flores, muchas flores. Yo no puedo vivir sin flores.

ANDRÉS.—Pero, señora, ¿qué dice usted? Una habitación para usted en esta casa. Vamos, que no. ¡Qué dirían en Burgos!

DESCONOCIDA.—(*Riendo*) ¡Oh! Comprenderás que no he venido a tu lado, desde Madrid, para vivir en el Gran Hotel...

TOMÁS.—(*Todo prudencia, coge a Felisa del brazo y se la lleva*) Vámonos Felisa. Que empiezan a hablar de la habitación y tú no puedes oír esto...

FELISA.—(*Horrorizada*) ¡Satanás! ¡Satanás!

(*Y salen los dos de puntillas. Quedan Andrés y la Desconocida frente a frente*)

DESCONOCIDA.—(*Risueña y coqueta*) Ahora dime la verdad. ¿Estás contento?

ANDRÉS.—(*Empequeñecidísimo*) ¡Je! Muchísimo. Ya lo creo... Loco, completamente loco. Figúrese usted...

DESCONOCIDA.—¡No me llames de usted!

ANDRÉS.—Pero, señora, si no tenemos confianza...

DESCONOCIDA.—(*Irritada*) ¡No me llames señora! ¡Es ridículo!

ANDRÉS.—Usted perdone.

DESCONOCIDA.—(*Golpea el suelo con el pie*) ¡No me llames de usted!

ANDRÉS.—Como tú quieras. (*Muy sofocado*) Pero me parece lo más correcto. Ten en cuenta que no estamos presentados...

DESCONOCIDA.—¡Dale! ¿Todavía no sabes quién soy?

ANDRÉS.—(*La mira. Un silencio*) No, no lo sé... ¡Qué más quisiera yo!

DESCONOCIDA.—Eres pesadísimo, Andrés. Y muy poco amable... Desde que llegué no has tenido una atención para mí. Cuando pregunté si habías preparado mi habitación, te pusiste colorado.

ANDRÉS.—(*Dignamente*) Señora, compéndalo usted. Es que estamos en Burgos. Y yo quiero evitar murmuraciones...

DESCONOCIDA.—(*Ríe con toda su alma*) ¡Oh! Eres extraordinario... Pero no te escapes. Y ven aquí. (*Sonríe, seductora*) Mírame. ¿Reconoces ya a tu María Luisa?

ANDRÉS.—(*La mira en silencio. Una pausa. Con suave pena*) No, no es usted.

DESCONOCIDA.—¿Es que no te parezco bastante bonita?

ANDRÉS.—(*Con rubor*) No es eso... Usted es muy bonita. Pero María Luisa era distinta. Era todo... y nada. Los sueños son así. María Luisa no ha existido. ¿Cómo puede usted ser ella?

DESCONOCIDA.—¡Oh!

ANDRÉS.—Usted es una desconocida que ha llegado hoy a Burgos, que se ha presentado en mi casa, que quiere una habitación con flores, ¡y que dice que es María Luisa! (*Con melancolía*) ¡Pero no es usted María Luisa!

DESCONOCIDA.—¡Andrés!...

ANDRÉS.—Quite usted, señora. ¡Si lo sabré yo! Lo que también quisiera saber es cómo ha conocido usted mis sueños y por qué se está usted burlando de mí...

DESCONOCIDA.—¡Burlándome! (*Con un suave matiz de decepción y de melancolía*) ¡Dios mío! ¡Así sois todos los hombres! Pasáis la vida con los ojos cerrados, en un puro sueño. Os creáis la imagen de una mujer ideal, a la que amáis sobre todas las cosas. Y cuando esa mujer toma vida, se hace realidad y se presenta ante vosotros y os dice: Mírame, querido mío, amor mío, yo soy tu sueño. Aquí estoy. Soy tuya... (*Transición*) Entonces, vosotros os encogéis de hombros ante esa mujer y de buena gana le pediríais la documentación.

ANDRÉS.—¡Si las mujeres de los sueños llevasen cédula!...

DESCONOCIDA.—(*Amorosa*) Haz un esfuerzo. En la vida, para encontrar el ideal, hay que poner un poco de imaginación... Cierra los ojos...

(*Con mucho mimo tapa los ojos de Andrés con sus dedos. Él se deja, sin atreverse a protestar*)

ANDRÉS.—Si usted se empeña...

DESCONOCIDA.—Así, con los ojos cerrados, ¿no ves otra vez a aquella mujer?

ANDRÉS.—Sí... Siempre que cierro los ojos, la veo.

DESCONOCIDA.—¿Puedo ser yo? (*Le suelta y sonrío*).

ANDRÉS.—(*Inefable*) No... Es Catalina. Mi mujer.

DESCONOCIDA.—¿Cómo?

ANDRÉS.—Sí... Toda ella es como la otra mujer de mi imaginación... Ya ve usted: he venido a Burgos para olvidarla, y no puedo dejar de pensar en ella. ¿Me comprende usted?

DESCONOCIDA.—Sí... (*Muy despacio. Una pausa*).

ANDRÉS.—¿Se ha puesto usted triste?

DESCONOCIDA.—¡Bah!... Un poco.

ANDRÉS.—Y ahora... ¿Me dirá usted quién es y por qué ha venido?

DESCONOCIDA.—(*Lentamente*) Ya... ¿Para qué? (*Se calla. Una transición*) Sin embargo, Andrés, si tú quisieras; si hicieras un esfuerzo...

ANDRÉS.—(*Retrocediendo*) ¿Qué va usted a hacer?

DESCONOCIDA.—¿No quieres darme un beso?



ANDRÉS.—(*Retrocede, casi da un brinco*) ¡Quia! No, señora. Eso sí que no... ¡Cuidadito! Y le advierto a usted que estas cosas me dan a mí mucha vergüenza...

DESCONOCIDA.—(*Riendo*) Andrés... ¡Pero Andrés!

ANDRÉS.—(*Sofocadísimo*) Ya me estoy poniendo colorado. ¡Palabra! No se acerque... ¿Me oye? Y no se aproveche de que estamos solos, ¡que grito!

(*Ella se aparta riendo, y entre grandes carcajadas se deja caer en el sillón*)

DESCONOCIDA.—¡Andrés! ¡Chiquillo!

ANDRÉS.—¡Je! Tiene gracia, ¿verdad? Cómo se ríe usted... Cómo se ríe...

(*En una brusca transición, aprieta los puños, gira hacia ella y grita trémulo, con lágrimas*)

¡Cállese! ¡No se ría usted más! ¡No me vuelva loco! ¡Cállese! ¡Cállese!

DESCONOCIDA.—(*Sin reír ya. Sobrecogida*) ¡Andrés!

ANDRÉS.—(*Un paso*) ¡Qué ridículo! ¿Verdad? Pero no se ría usted más... (*Ella retrocede*) Y márchese de aquí... ¡No quiero volver a verla! Ya ni siquiera me importa saber quién es usted. Quiero estar solo, solo, ¡solo! Pero, ¿es que no me oye? Márchese... ¡Márchese!

(*Asoma entre las cortinas la cabeza de Tomás*)

TOMÁS.—¡Señorito!

ANDRÉS.—¿Qué quieres?

TOMÁS.—¡Otra!

ANDRÉS.—¿Qué?

TOMÁS.—Otra señora, que ha llegado de Madrid para ver al señorito...

ANDRÉS.—(*Ronco*) ¿Otra? ¡No! ¡Que se vaya! ¡Tomás!

TOMÁS.—¡Señorito!

ANDRÉS.—Acabo de decidirlo. Prepara mi equipaje... ¡Mañana, por la mañana, me voy a Brasil! ¡Pero de incógnito! (*Sale de estampía*).

DESCONOCIDA.—¡Mi pobre «boy»!

(*En escena quedan Tomás y la Desconocida. Se alza la cortina del fondo y aparece Felisa, que, con sus pasitos cortos de siempre, precede a Catalina. Catalina se queda unos instantes en el umbral*)

*mirándolo todo con curiosidad. Los dos viejos fisgan a las dos mujeres francamente inquietos)*

FELISA.—(*Cautelosa*) Ven conmigo.

TOMÁS.—¿Qué quieres?

FELISA.—¡Vamos a averiguar cuál de las dos es la princesa!

*(Salen juntos. Catalina avanza despacio hacia la desconocida)*

CATALINA.—Buenas tardes...

DESCONOCIDA.—(*Con absoluta naturalidad*) ¡Hola! Pase, pase... Tanto gusto.

CATALINA.—Gracias.

DESCONOCIDA.—De nada. Siéntese y póngase cómoda.

CATALINA.—Muy amable...

DESCONOCIDA.—Bueno; eso de la comodidad es un decir. Yo creo que en esta casa lo más nuevecito lo compraron cuando la guerra de Cuba. Si habrá pasado tiempo, que estos muebles se han vuelto a poner de moda. Son una monería. Ya ve usted, yo quería traer una gramola, y se han asustado...

CATALINA.—Lo creo.

DESCONOCIDA.—Me parece que nos debemos presentar. (*Sonriente*) Mis amigos me llaman Manolita la Sentimental.

CATALINA.—(*Estremeciéndose*) ¡Encantada!

DESCONOCIDA.—¿No ha oído usted hablar de mí?

CATALINA.—No, no...

DESCONOCIDA.—Es raro. En Madrid sueno bastante. ¿Y usted?

CATALINA.—No... Yo no sueno nada.

DESCONOCIDA.—No sea usted modesta... Con el aire que tiene... Debe usted dar más guerra...

CATALINA.—¡Señora, por Dios!

DESCONOCIDA.—Por lo visto, viene usted de Madrid para ver a Andrés.

CATALINA.—Sí.

DESCONOCIDA.—Pues lo siento, pero ha perdido usted el viaje...

CATALINA.—¿Usted cree?

DESCONOCIDA.—Seguro. Yo también he venido desde Madrid. Y nada. Un fracaso.

CATALINA.—¡Ah! ¿Sí?

DESCONOCIDA.—Como lo oye. Y cuidado que una tiene recursos. Pues como si no. Le he pedido que me diera un beso, y se ha puesto como un basilisco.

CATALINA.—Es natural... (*Sonríe*) No tiene costumbre.

DESCONOCIDA.—Y, además, me ha echado de su casa.

CATALINA.—¡Oh! (*Ríe divertida*).

DESCONOCIDA.—(*Picada*) ¿Le hace a usted gracia?

CATALINA.—Muchísima. (*Transición*) Entonces, supongo que se irá usted enseguida...

DESCONOCIDA.—Oiga usted, señora...

CATALINA.—¡Largo!

DESCONOCIDA.—¿Eh?

CATALINA.—¡Fuera de aquí! Es usted una intrusa.

DESCONOCIDA.—¿Qué dice?

CATALINA.—Los medios de que se ha valido usted para llegar a mi marido son indignos.

DESCONOCIDA.—¡Su marido! Acabáramos... ¡Patinazo!

CATALINA.—¡Mi marido, sí! Estoy enterada de todo. Sé muy bien quién es usted. (*Indignadísima*) ¡Usted es la amante del primo Germán!

DESCONOCIDA.—(*Franca*) Sí, señora. Pero me tiene más harta...

CATALINA.—¡No me importa eso nada! Resulta que Germán era el confidente de mi marido desde que nos casamos; conocía toda la intimidad de nuestro matrimonio. Mis sueños, mis ilusiones, la timidez de Andrés, esa quimera suya de María Luisa. Todo, todo... Pero lo que Andrés ignoraba es que Germán se divertía mucho contándoselo todo a usted. Y cuando Andrés marchó de Madrid, a usted se le ocurrió que sería una broma estupenda venir a Burgos y hacerse pasar ante ese infeliz por la María Luisa de sus sueños. ¡Y ha tenido usted el cinismo de pedirle un beso!

DESCONOCIDA.—(*Lógica*) Señora, póngase usted en mi caso.

CATALINA.—¡No me da la gana de ponerme en su caso! Ha sido una ocurrencia muy original, muy divertida, muy propia de una mujer como usted.

DESCONOCIDA.—¡Sin faltar!

CATALINA.—Gracias que a Germán le dio miedo la broma, porque la conoce a usted, y vino a contármelo todo; y esta mañana me ha obligado, casi a la fuerza, a salir con él de Madrid. Me ha traído en su coche. Y abajo está esperándola a usted. Con que ¡largo!; que si usted es Manolita la Sentimental, va usted a saber enseguida quién es Catalina.

DESCONOCIDA.—Vaya por Dios. De manera que ya cree usted que lo sabe todo.

CATALINA.—¿Es que hay más?

DESCONOCIDA.—¡Oh! ¿Qué sabe usted, señora? ¿Y qué sabe ese sinvergüenza de Germán? La última verdad de cada uno no la adivina nadie. ¿Cómo van ustedes a saber la mía...? (*Mirando con ternura la puerta por donde salió Andrés*) Germán me hablaba a todas horas de su primo Andrés. Decía que no había otro hombre como él, tan extraño, tan tímido... Pero como usted

estaba empeñada en tener por marido a un balarrasa... Lo que de veras tenía usted a sus pies era un hombre enamorado que guardaba para usted lo más hermoso que puede ofrecer un hombre a una mujer: el primer beso. Germán se reía a carcajadas. Pero yo no hacía más que pensar en Andrés. (*Transición*) De usted no me acordaba, naturalmente.

CATALINA.—Me lo figuro. Es lo corriente.

DESCONOCIDA.—Sí, señora. (*Sonríe*) Le veía algunas tardes, Recoletos adelante. Lo cierto es que me fui enamorando poco a poco del pobre Andrés...

CATALINA.—¡Como todas! No falla.

DESCONOCIDA.—No, señora. (*Sonríe*) Yo me enamoré de él por lo contrario que las demás...

CATALINA.—¡Ah!

DESCONOCIDA.—Las otras se enamoraban de él por su fama, por su historia de mujeriego, por su leyenda... Son así. Yo sabía que la fama de Andrés era un cuento. Yo me enamoré de él por él mismo, porque es un infeliz, un pobre muchacho, un ignorante...

CATALINA.—¿Eso es verdad? (*Muy bajo. Un murmullo casi*).

DESCONOCIDA.—Sí... Está una muy harta de esos tipos que ustedes llaman irresistibles. (*Suspira*) Y Andrés es lo que se llama un mirlo blanco.

CATALINA.—¡Un mirlo!

DESCONOCIDA.—¡Completo! (*Pequeño silencio*) Ayer me decidí y tomé el tren. ¿Por qué no había de ser yo esa mujer que él ha soñado? (*Silencio*) Pero la mujer de su sueño está muy dentro de él. Es algo más que una pesadilla. ¡María Luisa existe!

CATALINA.—(*Sin voz*) ¿Quién es?

DESCONOCIDA.—Usted.

CATALINA.—¿Yo? (*Con emoción*) ¿Todavía?

DESCONOCIDA.—Sí... siempre. (*Catalina, pensativa, baja los ojos. La Desconocida frunce el ceño*) Pero, señora, ¿puedo saber por qué tiene usted ese empeño en que el pobre «boy» sea un Don Juan?

CATALINA.—Porque cuando le conocí me hizo creer que lo era...

DESCONOCIDA.—(*Ríe tiernamente*) ¡Qué embustero!

CATALINA.—Y porque lo necesitaba.

DESCONOCIDA.—¡Ah!

CATALINA.—¡Qué sabe usted! ¡Qué sabe él! ¡Qué sabe nadie! ¿No dice usted que cada uno tiene una verdad que no comprende nadie? Yo tengo la mía... A nosotras, cuando somos unas chiquillas, la vida se nos presenta como una maravillosa aventura: el amor, la felicidad. Todo es hermoso. Pero pasa el tiempo, y las mujeres como yo comprendemos que aquellas locas aventuras

de nuestros sueños, tan bonitas, no son para nosotras, sino para ustedes... Sí, sí. Ustedes se lo llevan todo. Claro que su mala fama les cuesta... Pero se lo llevan. A nosotras, en cambio, nos queda lo vulgar, lo monótono, el hastío de todos los días. Un marido que engorda de año en año, y el recuerdo de un sueño imposible que se aleja cada día más. Cuando me casé con Andrés le creía el hombre más seductor del mundo. ¡El hombre ideal! Y entonces soñé que en mi propio hogar tendría para toda la vida ese amor de aventura que solo encuentran las mujeres como usted. *(Calla. Sonríe tímida)* He sido un poco loca... ¿No es cierto?

DESCONOCIDA.—*(Ríe muy bajo. Con cierta amargura)* Casi nada. ¡Si usted supiera que el hombre ideal, cuando aparece, suele ser muchísimo más tonto que los demás! Señora, no hay más que un hombre ideal: cualquier infeliz que se enamore de una María Luisa... *(Con una imperceptible melancolía)* En fin. Vino usted decidida a arrancarme el pelo, y hemos terminado haciéndonos confidencias. Me voy, porque si sigo a su lado cinco minutos más, acabaríamos llamándonos de tú, y, la verdad, no estaría bien visto... *(Ya en la puerta)*.

CATALINA.—*(Un impulso)* ¡Manolita! *(La otra sonríe y espera)* No, nada... Abríguese bien. Hace frío.

DESCONOCIDA.—*(Sonríe)* Gracias... Buenas noches. *(Sale)*.

*(Sola Catalina, en medio del silencio de la estancia. Tras el balcón ha cerrado la noche. Maquinalmente levanta la tapa de la cajita de música y surge la armoniosa gracia de un viejo vals. Catalina sonríe. Ya es de noche absoluta. Toda la habitación está en sombras y apenas se distingue la silueta de Catalina. Un resplandor azul detrás de los cristales del balcón. De pronto, toda la habitación se inunda de una vivísima luz blanca. Y Andrés, que ha encendido las lámparas, aparece pegado a la misma puerta por donde salió. Totalmente absorto, sin voz casi por el asombro)*

ANDRÉS.—¡Catalina! ¡Tú!

CATALINA.—*(Sonriente)* Andrés...

ANDRÉS.—¿Qué es esto, Catalina? Tú aquí... ¡Tú en Burgos!

CATALINA.—¿Sabes que has tenido una magnífica idea al decidir que pasemos nuestra luna de miel en tu casa? Me encanta este ambiente. Y Burgos es adorable...

ANDRÉS.—¿Qué? Catalina, ¿eres tú? ¿No estoy dormido?

CATALINA.—No, Andrés. (*Naturalísima*) Nos hemos casado esta tarde en San Ginés. Hoy es quince de octubre. Lo demás ha sido un sueño que ha durado tres meses... Esta es nuestra noche de bodas.

ANDRÉS.—(*La mira a ella y mira en derredor, incrédulo y boquiabierto*) ¡Burgos! ¡Quince de octubre! ¡Tú! (*Transición*) No me engañes, Catalina.

CATALINA.—(*Acercándose a él, muy mimosa y femenina*) Andrés... Voy a preguntarte algo muy importante. Estamos solos y soy tu mujer. Di, Andrés. ¿Soy la primera mujer de tu vida?

ANDRÉS.—(*Avergonzadísimo y desconsolado*) ¡La primera, Catalina, la primera! Soy un pobre hombre. Una calamidad.

CATALINA.—¡Oh! (*Radiante*) Pero ¿es posible tanta felicidad?

ANDRÉS.—(*Atónito*) ¿Qué oigo? Cuando yo digo que estoy dormido...

CATALINA.—¡Andrés de mi vida!

*(Le rodea el cuello con sus brazos y le besa)*

ANDRÉS.—¡Oh!

*(Asoman por entre las cortinas los rostros de Felisa y Tomás)*

TOMÁS.—¡Esta es la princesa!

*(Se retiran. Desaparecen. Catalina se desprende de los brazos de Andrés y le mira con embeleso)*

CATALINA.—Andrés... ¡Eres un mirlo blanco!

ANDRÉS.—¡Caramba!... (*Emocionadísimo*) Un mirlo...

TELÓN







COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**